

5832

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

---

---

# LOS IRRESPONSABLES

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOAQUIN DICENTA



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.

1890

13



# LOS IRRESPONSABLES

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOAQUÍN DICENTA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche  
del 27 de Noviembre de 1890.



MADRID

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—  
1890

## PERSONAJES

## ACTORES

MARGARITA .....	SRTA.	GUERRERO.
ROSA .....	»	PAREJO.
FELIPE .....	SR.	CALVO (D. R.)
DON ANSELMO .....	»	JIMÉNEZ (D.)
PADRE ANDRÉS .....	»	PÉREZ.
CARLOS .....	»	RIVELLES.
GASPAR .....	»	MOLINA.
JOSÉ .....	»	CALVO (J.)

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO

---

El teatro representa el comedor de una casa de campo. En el fondo una plataforma con balaustrada de piedra que supone dar al jardín. Dos puertas en el lateral derecha y una puerta y una ventana practicable en el izquierdo. El decorado de la habitación propio y conveniente á una casa rica de aldea. En el primer término, á la izquierda del espectador, un sillón, á la derecha un sofá.

### ESCENA PRIMERA

ROSA y MARGARITA junto á la ventana.

ROSA. ¿No los ve usted allá arriba  
al final de la vereda  
del atajo? El de delante  
es don Anselmo, y aquella  
sotana que se columpia  
sobre el trigo que verdea,  
el Padre Andrés; y el que sigue  
detrás, esa buena pieza  
de Gaspar. Lo que es á éste  
aunque fuese de una legua  
le conocía.

MARG. El cariño  
ve mucho, Rosa, y no encuentra

obstáculos en la distancia.

¿No es verdad?

ROSA. Puede que sea  
el cariño, señorita.

El caso es que cuando cierra  
la noche y está el camino  
oscuro como una cueva,  
yo, asomada á la ventana  
como se asoma el que espera,  
con el cuerpo hacia adelante  
y estirando la cabeza,  
entre los pasos de todos  
los que vuelven á la aldea,  
sé que pasos son los suyos,  
si anda lejos ó anda cerca,  
y le oigo hablar aunque no hable,  
y con la mirada puesta  
en la obscuridad, le veo  
sin que mis ojos le vean.

MARG. ¿Y él?

ROSA. Como todos los hombres;  
queriéndome á su manera,  
menos que yo, pero es bueno,  
y honrado y no tengo queja.

MARG. En querer y ser querida  
¡qué gran ventura se encuentra!

ROSA. ¡Vaya! Y usted bien lo sabe  
porque la quieren de veras.

MARG. ¿Quererme?

ROSA. Por don Felipe  
hablaba. Yo no estoy ciega  
y le he mirado á los ojos  
cuando mira á usted.

MARG. Ya llegan.

(Dirigiéndose al fondo.)

ROSA. El cura comerá en casa  
porque hoy es día de fiesta,  
y antes falta él á su misa  
que faltar á nuestra mesa.

## ESCENA II

MARGARITA y ROSA; DON ANSELMO y el PADRE  
ANDRES, por el fondo.

MARG. ¡Padre mío!

ANS. ¡Hija del alma!

(Abraza á Margarita.)

¡Tardé mucho en dar la vuelta?

(Ademán negativo en Margarita.)

P. AND. Eso; al padre mil caricias  
y ni una frase siquiera  
á este viejo.

MARG. ¡Señor cura!

P. AND. Ingratona. ¡Cómo pesa  
el calor! Estoy rendido  
y tengo las fáuces secas.

MARG. ¿Quiere usted un vaso de agua?

ROSA. Más clara y más buena  
que la de aquí, señor cura,  
no la hay en toda la aldea.

P. AND. Gracias á tí.

ROSA. Y al botijo  
y al aire que lo refresca.

P. AND. Pues no la desperdiciemos.

ANS. Traela pronto.

ROSA. Voy.

(Se dirige á la balustrada donde habrá un botijo  
y llena de agua un vaso.)

P. AND. Espera  
y dame antes un cepillo.

(Rosa deja el vaso sobre el aparador y sale por la  
derecha.)

Porque esa naturaleza  
que tanto agrada á tu padre  
y á mí tanto me molesta,  
en cuanto ve mi sotana  
larga, triste, pobre y negra,  
parece como que siente  
ira ó aversión contra ella,  
y que al mancharla de polvo

la dice en son de protesta:  
yo que ofrezco vida al mundo,  
y esplendores á la tierra,  
y perfumes al espacio,  
y goces á la existencia,  
á tí no te ofrezco nada,  
todo contra tí me alienta;  
yo soy luz y tú eres sombra;  
y cuando hacia mí te acercas,  
te doy lo que se deshace,  
lo que gérmenes no lleva,  
este polvo árido, estéril  
resíduo de la materia  
que ni embellece ni encanta,  
ni fecunda ni procrea.

ANS. ¿Eso cree usted?

P. AND. Lo digo.

ANS. ¿Y lo que dice lo piensa?

P. AND. ¡Quién sabe! Me ha contagiado  
la filosofía incrédula  
de Felipe, de ese excéptico.

MARG. ¿Él? De ninguna manera.  
¡Excéptico! Es un creyente  
y tiene el alma muy buena,  
y ama todo lo que es grande  
en el cielo y en la tierra.

ANS. ¿Le defiendes?

P. AND. ¡Á un impío!

MARG. ¡Yo, señor!

ANS. ¿Te da vergüenza?

ROSA. (Entra por la derecha.)  
El cepillo.

P. AND. Trae.

ROSA. Yo misma cepillaré.

P. AND. Como quieras.

ROSA. ¡Cuanto polvo!  
(Arrodillándose para cepillar la sotana.)

P. AND. Arrodillada.

ROSA. No es mala postura ésta.

P. AND. Actitud de pecadora.

ROSA. Lo mismo estaré en la iglesia  
cuando usted me case, Padre,



y no me causará pena  
la postura.

P. AND. Picarona,  
siempre con la misma idea.

ROSA. Es la que me cansa menos.

ANS. Y la que más te interesa.

MARG. El agua.

ROSA. Voy al instante.

Aquí está. (Trae el vaso de agua del aparador.)

P. AND. ¡Gracias!

MARG. ¿Qué cuentas del paseo?

ANS. Delicioso:

mi alma se esparce y se alegra  
en el campo.

(El Padre Andrés devuelve á Rosa el vaso.)

ROSA. ¿Más?

P. AND. No, gracias.

(Vase Rosa.)

### ESCENA III

MARGARITA, DON ANSELMO y el PADRE  
ANDRÉS

P. AND. Amigo mío, ya pecan  
de locura los afanes  
que el campo en usted despierta.

ANS. ¿Locura? De ningún modo.  
Es que no hay cosa más bella.

P. AND. ¿Qué opinas?

MARG. Lo que mi padre.

ANS. Cuando el sol sus rayos muestra  
y las gotas de rocío  
que flores y árboles pueblan,  
con matices de oro y nácar,  
se tiñen y festonean,  
¿qué espectáculo del mundo  
ni se iguala ni se acerca  
al que los ojos admiran  
mirando esta fértil vega?  
Allí los alegres prados

donde orgullosas se ostentan  
columpiadas por el aire,  
que las agita y las besa,  
anchas espigas de trigo  
jugosas, verdes y frescas,  
por en medio de las cuales  
alzan sus caras bermejas,  
de negras motas orladas,  
las amapolas inquietas;  
más allá, la vid rugosa  
por cuyas ramas morenas,  
se extiende el sombrío pámpano  
del agrio fruto defensa;  
á este lado, el maizal  
mostrando sus rubias hebras  
que parecen una mata  
de pelo que se desgreña;  
al otro, el humilde río  
que entre juncos culebrea,  
mientras los flexibles sauces  
nacidos en la ribera,  
para acariciar sus ondas  
se encorvan y se doblegan  
con temeroso crujido  
y cortesana apariencia.  
Después árboles robustos  
sobre cuyas ramas tiemblan  
hojas de vivos colores,  
frutos de exquisita esencia,  
brotes que á trechos esmaltan  
la endurecida corteza,  
savía que fecunda el suelo  
y pájaros que gorjean;  
detrás espinos y zarzas  
que suben por las laderas  
como turba de muchachos  
desenfrenada y revuelta;  
más arriba los tomillos,  
las aromáticas hierbas  
que el libre y risueño ambiente  
nutren, perfuman y olean,  
y más lejos aún trepando

por los riscos de la sierra,  
los pinares verdinegros  
donde las nubes se acuestan.  
¿Puede haber nada más grande  
que esto, cuando á esto se agregan  
un cielo azul, infinito,  
una atmósfera serena  
y un sol que convierte en oro  
hasta el polvo de la tierra?

**MARG.** ¿Verdad que sí, padre mío?  
Yo que esa naturaleza  
ví desde el primer momento  
en que vine á la existencia,  
no ceso de contemplarla  
y ante ella mi alma se eleva,  
porque es como Dios, gigante,  
inagotable y eterna.

**P. AND.** ¿Conque ya estoy derrotado?

**MARG.** Pero derrotado en regla.

**ANS.** Créalo usted, señor cura;  
cuando cubren la cabeza  
las canas y va la sangre  
moribunda por las venas,  
sólo estas dichas existen  
y estos placeres consuelan;  
siempre que vuelvo del campo  
buscando la humilde puerta  
de mi casa, y veo á mi hija  
que en los dinteles me espera,  
digo, besando su frente  
y contemplando la inmensa  
bóveda del firmamento:  
¿Quién por avaro que sea,  
pide más? ¿Cómo pedirlo  
yo, si en esta hora suprema  
tengo todo, porque tengo  
Dios arriba y abajo á ella?

**P. AND.** Margarita y Dios... Conformes  
en que el uno y la otra sean  
para usted toda la vida;  
lo que en mi apoyo no encuentra  
ni puede encontrarlo nunca,

señor don Anselmo, es esa  
monomanía campestre  
de que orgulloso alardea.  
Será vejéz, egoísmo  
y todo lo que se quiera;  
pero en lugar del hermoso  
cuadro que usted me bosqueja  
y al que preside una atmósfera  
que me asfixia y que me tuesta,  
prefiero yo un cuarto fresco  
donde entre el sol con prudencia,  
una cama bien mullida,  
una bien servida mesa,  
un sillón de ancho respaldo  
para la hora de la siesta,  
un ángel á quien querer  
y un amigo que me quiera.

ANS.

Aquí tiene usted el amigo.

MARG.

Y este es el sillón,

(Señalando el que habrá á la derecha.)

Y aquella

la cocina donde Rosa  
revuelve platos y especias,  
y donde voy yo al momento  
para que todo intervengan,  
si no las manos de un ángel  
las de una amiga sincera.

(Vase por la segunda puerta de la derecha.)

## ESCENA IV

DON ANSELMO, el PADRE ANDRES y al final  
GASPAR

P. AND. ¡Qué buena y qué cariñosa! (Por Margarita.)

ANS. Sólo esta prenda querida  
me hace soportar la vida  
desde que murió mi esposa;  
en ella mi afán se encierra,  
ella es mi único consuelo,  
por ella temo que el cielo

me separe de la tierra.  
Sin ella, ni fe, ni calma,  
ni esperanza ni alegría;  
¡cómo no, si es obra mía  
por el cuerpo y por el alma!  
Quedó huérfana á la edad  
en que el labio balbucea  
sonidos faltos de ideas,  
de expresión, de claridad;  
y al verla sola, mi amor  
buscó de servirla modo  
y lo fuí para ella todo,  
su padre, su protector,  
su consejero, su amigo,  
su maestro, su Dios, su bien;  
en sus penas un sostén,  
en sus dichas un testigo.  
Tal empresa logré, fija  
la mente en su porvenir,  
en lo que puede exigir  
la felicidad de mi hija,  
por el recuerdo y en nombre  
de la pobre criatura  
que fué mi mayor ventura;  
y mañana cuando un hombre  
honrado, seguro, fiel,  
la ame, á su amor respondiendo,  
yo diré á ese hombre poniendo  
sus manos entre las de él.  
Te la entrego por esposa,  
es el mejor de mis bienes,  
es mi alma entera. Ahí la tienes,  
sé feliz y hazla dichosa.

**P. AND.** ¿La dará usted de ese modo?  
¿Sin pena?

**ANS.** Sin pena, no;  
lo haré sabiendo que yo  
no lo soy para ella todo;  
y lo haré, porque á mi juicio,  
no fuera este amor objeto  
de mi existencia completo  
faltándole el sacrificio.

P. AND. Bien; pero ese trance está muy lejano.

ANS. Señor cura,  
mi corazón le asegura  
que se halla cerca y vendrá.  
Empeño inútil sería  
tratar de ocultarlo: es su hora,  
cuando despunta la aurora  
ya no retrocede el día.

P. AND. Entonces cosa acordada;  
hay que buscarle marido.  
Usted lo tiene elegido.

ANS. Yo en esto no elijo nada;  
ha de ser ella.

P. AND. ¿Y lo tiene?

ANS. Tal presumo.

P. AND. Pues que sea  
pronto si ella lo desea  
y es hombre que la conviene.

ANS. Sin duda. Él es...

P. AND. Ya lo sé,  
y honrado le considero.  
Su sobrino, el ingeniero.  
¿Acierto?

ANS. No acierta usted.

P. AND. ¿No? Cuando él estuvo aquí  
há tres años, yo le daba  
por elegido; que amaba  
á Margarita creí.

ANS. Pero ella no, y prueba fiel,  
es que mi joven pariente  
está tres años ausente  
sin que ella se acuerde de él.

P. AND. ¿No es Carlos?

ANS. Para ventura  
de todos, mi hija pensó,  
si no me equivoco yo,  
porque hablo por conjetura,  
en hombre que no apetece,  
como Carlos, las hermosas  
perspectivas bulliciosas  
que el mundo social ofrece,

y que nada necesita,  
y nada ha de pretender  
como logre poseer  
el amor de Margarita.

P. AND. ¡Don Felipe!

ANS. El mismo. ¿Es mal  
pretendiente el escogido?

P. AND. ¡Un hombre desconocido!

ANS. ¿Desconocido? No tal.  
Dos años de residencia  
aquí lleva, y le tratamos  
por amigo y admiramos  
la virtud de su conciencia.  
Rico y libre, como afirman  
sus propias declaraciones,  
sin orgullo ni ambiciones  
como sus actos confirman,  
¿qué más puedo codiciar  
sino que pague el amor  
de mi hija, ni qué mejor  
esposo la puedo dar?

P. AND. Es cierto, y hay que admitir  
que esos elogios merece  
y que hombre de bien parece;  
mas sin poderlo impedir,  
una duda osada y terca  
en contra suya me lanza,  
que sin ser desconfianza  
está de serlo muy cerca.

ANS. ¿Y la fundan?

P. AND. Sin actitud,  
su esquivo retraimiento,  
su afán por un aislamiento  
impropio á su juventud.  
Ni un amigo, ni un pariente  
que vengan á este lugar,  
y que puedan enlazar  
su pasado y su presente...  
Luégo su falta de fe...

ANS. Esa es la cuestión precisa.  
Un hombre que no va á misa  
ya es dudoso para usted.

P. AND. Sin religioso fervor  
no hay bondad.

ANS. Usted se expresa  
como cumple é interesa  
á un ministro del Señor,  
que en este pueblo nacido  
y en este pueblo educado,  
sólo en creer ha pensado  
y por creer ha vivido.  
Yo estuve en el mundo; allí  
miré luchas gigantescas  
de contrapuestas ideas,  
y al mirarlas comprendí  
que no importa la opinión  
para el bien, si la sostiene  
un hombre honrado que tiene  
dignidad y corazón.  
¿Felipe no es buen cristiano?  
pues por esto no he de odiarle,  
ni temerle, ni negarle  
de Margarita la mano;  
que creyente ó no creyente,  
quien consiga enamorarla,  
con quererla y respetarla  
tiene más que suficiente.

P. AND. ¡Don Anselmo!

ANS. Esto no impide  
que antes de entregarle mi hija,  
si á tal llegamos, le exija,  
á cambio de lo que pide  
y usando de mis derechos,  
noticias y compromisos,  
tan claros y tan precisos,  
que nos dejen satisfechos.

(Ademán de interrupción en el Padre Andrés.)

Y como creo entender  
que usted me va á replicar,  
con objeto de evitar  
disputas, le llevo á ver  
mi bodega, que arreglada  
pienso tener el Agosto  
para recojer el mosto



de la próxima otoñada,  
y donde paso los días  
con ansias de cosechero,  
contemplando el tragadero  
de mis tinajas vacías,  
que se abren esperanzadas  
de que pronto caerá la uva  
desde lo alto de la cuba  
á sus bocas desdentadas.

P. AND. Corriente. Y hagamos punto  
por ahora á nuestra cuestión,  
con la expresa condición  
de volver sobre este asunto,  
donde usted expone y juega  
su dicha y bienestar.

ANS. Como usted quiera Gaspar,  
(Aparece Gaspar por la izquierda.)  
la llave de la bodega.  
(Gaspar hace como que descuelga la llave de la  
puerta de la izquierda y se la entrega á don An-  
selmo.)

GASPAR. Aquí está.

ANS. ¿Vamos?

P. AND. Andando.

(Vase don Anselmo y el Padre Andrés por la iz-  
quierda.)

## ESCENA V

GASPAR; á poco FELIPE

GASPAR. ¡Mañana más desastrosa!  
Necesito hablar á Rosa;  
un momento estoy buscando  
y no lo puedo encontrar.  
Si no hubiera inconveniente,  
ahora en la cocina.  
(Se dirige hacia la segunda puerta de la derecha.  
Aparece Felipe en el fondo. Gaspar le oye.)  
¿Gente? ¡Don Felipe!

(Volviéndose hacia el fondo.)

FELIPE. ¡Hola, Gaspar!

GASPAR. ¿Vino usted á caballo?

FELIPE. Sí.

Al muchacho lo entregué.

GASPAR. Pues á descincharlo iré,  
porque usted comerá aquí.

FELIPE. Sí, Gaspar.

GASPAR. Pues voy allá.

Si quiere usted, daré aviso  
á mi señor.

FELIPE. No es preciso.

(Sale Gaspar por el fondo y aparece Margarita en la primera puerta de la derecha. Al salir Gaspar Margarita se dirige hacia Felipe.)

Ella me ha visto y vendrá.

(Margarita llega cerca de Felipe; éste se vuelve hacia ella y la ve; coge entre las suyas las manos de Margarita y la conduce hasta el sofá.)

## ESCENA VI

MARGARITA y FELIPE

FELIPE. ¡Margarita! ¡Alma de mi alma!  
Sólo viéndose á tu lado  
mi espíritu destrozado,  
puede recobrar su calma.

MARG. ¿Sufres amándote yo?

FELIPE. Sufro, porque es mi castigo  
sufrir siempre.

(Rodeando con su brazo el tallo de Margarita.)

¡No, qué digo!

¡Mentira, no sufro, no,  
mientras formes estos lazos!  
Será inmenso el dolor mío,  
pero yo lo desafío  
desde el cerco de tus brazos  
y le humillo vencedor,  
que si él es duro y constante,  
es más firme y más gigante

- y más inmenso tu amor.
- MARG. ¡Oh, Felipe, háblame así,  
que va en tus labios prendida  
la ventura de mi vida.
- FELIPE. Pero te alejas de mí,  
se rompe este hermoso yugo,  
y el dolor vuelve á buscarme  
y goza en martirizarme  
con instintos de verdugo
- MARG. ¿Sufres? ¿Por qué esas ideas,  
Felipe? ¿Si tuya soy,  
si á tu voluntad estoy,  
qué es lo que de mí deseas?  
Responde.
- FELIPE. ¡A qué has de saberlo!  
No lograrás evitarlo.  
Ni yo me atrevo á explicarlo  
ni tú puedes conocerlo.  
¡Sólo te puedo decir  
que te miro, y al mirarte  
necesito amarte, amarte  
y tras de amarte, morir!  
¡Qué angustia!... Sólo se acalla  
al recordar el momento  
en que de tu amor sediento  
(Margarita se levanta del sofá y se retira de Felipe como avergonzada.)
- MARG. ¡Oh, calla, Felipe, calla.  
No sigas.
- FELIPE. ¿Por qué me dejas?  
¿Por qué me miras así?  
¿Me temes?
- MARG. ¿Temerte? ¿Á ti?
- FELIPE. ¿Entonces, por qué te alejas?  
¿tienes miedo de mi amor?  
(Dirigiéndose hacia ella.)
- MARG. Eso nunca. Si al recuerdo  
que evocas la calma pierdo;  
si colorea el rubor  
mi rostro, es porque me acosa  
algo que en mí se levanta  
y me condena y me espanta

y me impide ser dichosa.  
**FELIPE.** ¿Es que arrepentida estás?  
Dilo.

**MARG.** Nunca lo diría.  
Al decirlo, mentiría,  
y no he mentido jamás.  
Desde el instante primero  
en que te ví, te he amado  
y mi fe te he consagrado  
para siempre y por entero.  
Cuando en un mismo latir  
nuestras almas enlazaste,  
lo que era tuyo tomaste.  
¿Por qué me he de arrepentir?

**FELIPE.** Tú no, porque tu inocencia,  
que hace imposible la falta,  
pone más firme y más alta  
la virtud de tu conciencia.  
Al darme tu corazón,  
cuando en mis brazos caíste,  
no faltaste, obedeciste  
á la sublime atracción  
que forma el humano lazo  
el cual se puede estrechar  
lo mismo al pié del altar  
que en el calor de un abrazo.  
Te diste como se entrega  
la mujer, cuando es honrada,  
de una vez, sin negar nada,  
con fe inquebrantable y ciega;  
no como otras que su honor  
ceden en cortas fracciones,  
y dan larga á sus pasiones  
para gozarlas mejor  
y venir á nuestro encuentro  
de tan extraña manera,  
que son vírgenes por fuera  
y cortesanas por dentro.  
Tú, no; tu honradéz te ampara.  
No cubras con temblorosa  
mano tu faz ruborosa.  
Contémplame cara á cara.

No hubo en tí culpable anhelo,  
ni torpeza, ni egoísmo;  
si hubo un abismo, ese abismo  
tenía por fondo el cielo.

MARG. ¡Felipe mio!

FELIPE. Tú, sí.

Tu conducta es intachable.  
Yo sólo he sido culpable,  
¡desventurado de mí!  
Yo que en el fondo del pecho  
debí ocultar mi pasión  
siempre, sin darte ocasión  
de saberlo.

MARG. ¿No lo has hecho?

De tus amantes antojos  
jamás hablarme te oí.  
Ví tu amor, pero lo ví  
porque vivía en tus ojos.  
Como si fuera un delito  
de mí oculto lo guardabas  
y en huirme te afanabas  
siempre.

FELIPE. Sigue; necesito  
que me hables de esa manera.  
¿Verdad, verdad que he ocultado  
mi amor? Hubiera callado  
lo mismo la vida entera.  
Pero entonces lo impedían,  
y á ser traidor me obligaban  
tus ojos que me miraban,  
tus labios que sonreían. (Pausa.)  
Solos, el ancho jardín  
por las flores perfumado,  
y yo junto á ti sentado  
en el desierto confín  
donde los árboles crean  
ramas que nidos parecen,  
y las yerbas se estremecen,  
y los pájaros gorjean;  
á tus piés, un arroyuelo  
de corriente silenciosa;  
la luna triste y hermosa

extendiendo por el cielo  
rayos que á dejar lo azul,  
en haces mil se quebraban  
sobre hojás que remedaban  
cedazos de verde tul;  
y en torno y en rededor  
de nuestra abrasada frente,  
una atmósfera candente  
que nos hablaba de amor.  
Lo que en secreto escondí  
de mi pecho fué brotando;  
tú me estabas escuchando  
y á un mismo tiempo sentí  
calor, desconcierto, frío,  
ansia infinita de amor,  
y el trémulo palpitar  
de tu cuerpo junto al mío.  
Me miraste, te miré,  
nuestros brazos se enlazaron,  
y nuestros labios no hablaron  
una frase... ¿Para qué  
pronunciarla, vida mía?  
De la noche en lo profundo  
el amor, alma del mundo,  
por nosotros respondía.

(Con firmeza y cogiendo entre sus manos las de  
Margarita.)

Él dispuso nuestra unión;  
¿Y si El no la ha decidido? (En tono de duda.)  
Te he engañado y te he mentado.

MARG. ¿Tú?

FELIPE. ¡Margarita, perdón!

MARG. Oírte me causa espanto.  
Que te perdone, ¿por qué?

FELIPE. Oye...

(Se detiene como temeroso de lo que va á decir.)

(Nunca lo diré.)

Porque provoqué tu llanto;  
porque la duda me asalta;  
porque quisiera borrar  
las huellas de tu pesar  
y las sombras de mi falta.

MARG. ¿Y eso te aflige? ¿A eso es  
á lo que no hallas remedio?  
¿Sufres y buscas un medio  
y amándome no lo ves?  
¿Me amas?

FELIPE. Sí.

MARG. ¿Pues qué esperamos  
para hacer vivo y patente  
á los ojos de la gente  
lo que á todos ocultamos?  
Sepa mi padre este amor,  
y en unión firme y segura,  
gocemos nuestra ventura  
sin vergüenza y sin temor.

FELIPE. ¡No, Margarita, imposible!

MARG. ¡Qué escuchol No te comprendo.

FELIPE. ¡Tu padre! En él estoy viendo  
un obstáculo invencible.

MARG. ¿Por qué razón?  
necesita mi afán saberlo.

FELIPE. Reclamas  
lo imposible.

MARG. Tú no me amas.

FELIPE. ¡Que no te amo, Margarital  
Calla, no es ese el motivo  
en que mi actitud se esconde.  
¿Dudas de mi amor? Responde.

MARG. Dudar de él, ¿no ves que vivo!

FELIPE. Gracias.

(Separándose de Margarita y dirigiéndose hacia  
la ventana.)

MARG. ¿Tus penas sabré?

FELIPE. ¡Por piedad!

MARG. ¿Qué te detiene?

FELIPE. Silencio, el Padre Andrés viene.  
Vete. Luégo te hablaré.

MARG. Cruel eres.

FELIPE. ¡Ay de mí!

MARG. Adiós.

(Sale por la primera puerta del lateral derecho.  
Felipe se queda mirando con angustia al sitio por  
donde ha salido Margarita.)

FELIPE. Se me parte el pecho.  
Y ella... ¡Dios mío, que te he hecho  
para atormentarme así!  
(Toma asiento en el sillón y hace como que hojea  
distraidamente un periódico que habrá sobre la  
mesa.)

## ESCENA VII

FELIPE y el PADRE ANDRÉS

P. AND. ¿Estorba mi vecindad?  
FELIPE. Estorbarme, Padre Andrés...  
de ningún modo.  
P. AND. Como es usted de la soledad  
partidario tan celoso,  
temí que fuera á enojarle  
mi presencia, y á turbarle  
en su tranquilo reposo.  
FELIPE. Verdad que tengo manía  
por vivir oculto, aislado  
y del mundo retirado;  
pero esta conducta mía  
causa es de fuerza mayor,  
porque tras mucho pesar,  
he venido averiguar  
que estar solo es lo mejor.  
P. AND. El mundo...  
FELIPE. Tanto sufrí,  
que me inspira horror y tedio.  
P. AND. ¿Y huye usted?  
FELIPE. Es el remedio  
más seguro para mí.  
P. AND. Pues es mandato divino  
luchar.  
FELIPE. Sin tregua luché.  
P. AND. Pero su falta de fé  
le detiene en el camino.  
FELIPE. Es que derrotado estoy.  
P. AND. Es que en esta lucha ardiente  
sólo triunfa el que es creyente.  
FELIPE. ¡Creyente! ¿Y yo no lo soy?



P. AND. No tal.

FELIPE.               ¿Porque los altares  
no visito ni contemplo,  
ni me arrodillo en el templo  
para llorar mis pesares?

P. AND. Por eso.

FELIPE.               No. ¿Á qué seguir?  
En cuestiones de creencias,  
hay que dejar las conciencias  
libres y no discutir.  
Yo tengo mi Dios, lo siento  
con su infinito poder  
en el fondo de mi sér,  
dentro de mi pensamiento,  
y no le adoro de hinojos,  
ni mi cuerpo ante él se humilla;  
mi alma es la que se arrodilla  
cuando levanto los ojos.  
Usted su imagen venera  
al olor del incensario  
que perfuma el santuario;  
mas de una y otra manera  
los dos amamos á Dios,  
y basta con ese anhelo  
para que lleguen al cielo  
las plegarias de los dos.

P. AND. Cómoda filosofía  
para salir del asunto;  
pero en fin, hagamos punto;  
otra voz, si no la mía,  
le hará en su acuerdo volver.

FELIPE. ¿Y qué voz la ha de lograr?

P. AND. La que levante en su hogar  
el amor de una mujer;  
el matrimonio, esa egida  
de mi santa religión,  
que perpetúa la unión  
de dos seres en la vida;  
dichosa unión que asegura  
el deber, que á todo alcanza,  
que fecunda la esperanza  
y eterniza la ventura.

FELIPE. Y que cuando no es la dicha su inmediata consecuencia, destrozando la existencia petrifica la desdicha.

P. AND. ¿Odia al matrimonio?

FELIPE. No.

P. AND. Como se da á censurarlo...

FELIPE. La manera de formarlo es lo que censuro yo.

P. AND. ¿Por qué?

FELIPE. Porque sacrifica á su consistencia todo.

P. AND. No me lo explico.

FELIPE. Del modo en que ahora se verifica un sér con otro sér, queda sujeto; ya están ligados y eternamente amarrados suceda lo que suceda. Se engañaron. ¿Y qué importa? Purguen unidos su error y dominen su rencor, que al cabo la vida es corta, aunque tenga el sufrimiento la condición de trocar cada instante de pesar en un siglo de tormento.

P. AND. Para eso sirve la fé, para lograr dominarse y aprender á resignarse.

FELIPE. Á resignarse, ¿por qué? ¿Hubo error? pues á vencerlo, á evitarlo, á combatirlo. Lo lógico no es sufrirlo, lo lógico es deshacerlo.

P. AND. La ley de Dios no se cura de los crímenes del hombre.

FELIPE. Tampoco debe en su nombre eternizar la amargura; y el que se agita cautivo en este lazo inclemente, padece perpétuamente

con motivo y sin motivo.

P. AND. La separación ..

FELIPE. Es medio  
que sólo males produce,  
que á la injusticia conduce,  
que á nada pone remedio.  
¿Y cómo si en el delirio  
de sus ruínas procederes,  
nos desune en los placeres  
y nos une en el martirio?  
De la justicia y de Dios  
para esto el nombre se invoca;  
no, tal absurdo no toca  
á ninguno de los dos.  
Ni eso es justo ni divino.  
Procedimiento que ayuda  
á los infames y escuda  
las traiciones del destino  
robando á quien es leal  
fama, ventura y reposo,  
es un crimen religioso  
y una mentira legal.

P. AND. Teoría absurda y loca  
de las humanas pasiones.  
Los malos son excepciones.

FELIPE. Y al que la excepción le toca,  
¿qué le resta? El desgraciado  
que la sufre, ¿no podrá  
libertarse nunca? Está  
para siempre condenado.  
¿Es justo decirle á un hombre  
ó á una mujer, sufre, llora  
y tus angustias devora;  
tu dignidad y tu nombre  
á un infame están unidos;  
para redimir tu suerte  
sólo hay un remedio, la muerte?  
¿Amas? pues que los latidos  
de tu corazón no lleguen  
á turbar la dulce calma  
de quien es vida de tu alma;  
que tus ojos no se cieguen

contemplando su belleza;  
guarda en el fondo del pecho  
el amor, ese derecho  
que te dió Naturaleza,  
y desprende de tu sér  
los afectos que los rigen,  
porque hay leyes que lo exigen  
y debéis obedecer.

¿Es esto justo y conforme  
á la razón?

P. AND. Es forzoso;  
es un deber doloroso.

FELIPE. Es una injusticia enorme.

P. AND. Es la ley.

FELIPE. De ella protesto,  
y de combatirla trato.

P. AND. Pues yo la admito y la acato.  
Así el cielo lo ha dispuesto  
en su poder absoluto.

FELIPE. ¿El cielo? ¡Imposible, no!

P. AND. Él es quien lo manda, y yo  
ni analizo ni discuto.

Donde mi juicio no alcanza,  
á la fé pido su ayuda,  
y ella resuelve mi duda  
y conserva mi esperanza.

FELIPE. La fé, la revelación.

P. AND. Lo eterno, lo indiscutible.

FELIPE. Modo fijo é infalible  
de tener siempre razón.

(Aparece don Anselmo en la puerta del fondo.)

P. AND. El me inspira y á él atiendo.

ANS. ¿Felipe y el Padre Andrés?  
Pongo veinte contra tres  
á que estábamos riñendo.

## ESCENA VIII

DICHOS y DON ANSELMO. Al final MARGARITA  
por la derecha y ROSA, dentro.

P. AND. Reñir no, precisamente.

- ANS.** Yo imagine que lo hacían.  
Á lo menos discutían  
muy acaloradamente.
- P. AND.** Don Felipe, que sustenta  
unos juicios tan extraños...
- FELIPE.** Usted, que protege daños  
infinitos.
- P. AND.** Por su cuenta  
es el santo matrimonio,  
con sus leyes inmortales,  
un semillero de males  
y una invención del demonio.
- ANS.** ¿De veras?
- P. AND.** Como lo digo.  
Hablando de él se arrebatá,  
y lo acusa y lo maltrata,  
y es su implacable enemigo.
- ANS.** ¿Enemigo? No creí  
que institución tan severa  
como justa los tuviera.
- FELIPE.** Tampoco lo tiene en mí  
cuando á su dulce calor,  
viven dos seres sintiendo  
un mismo afán, y partiendo  
su alegría y su dolor.  
Lo que en mí no halla disculpa,  
es que ese lazo respete  
los crímenes y sujete  
lo que desata la culpa.
- P. AND.** Esa ley justa y sagrada,  
es dura hasta el sacrificio  
del hogar en beneficio.
- FELIPE.** No le sirve para nada.  
Los que en la infamia se agitan,  
burlan su severidad;  
los que se aman de verdad...  
esos no la necesitan.
- ANS.** Contra esas leyes razón  
podrá haber; pero al presente,  
lo más cuerdo y conveniente  
es tomarlas como son;  
que justas ó equivocadas,

en ellas viene á fundirse  
la única forma de unirse  
á las mujeres honradas;  
y encontrar una mujer  
de pecho firme y seguro,  
no es caso de gran apuro  
para quien sabe escoger.

P. AND. Usté ha de ser el primero  
que á aceptarlas se decida.  
Joven y solo en la vida,  
independiente, soltero,  
algún día llegará  
en que haga á una mujer dueña  
de su alma, y si ella se empeña  
con ella se casará

(Sale Margarita por la primera puerta de la derecha.)

Eso es lo que necesita.

MARG. Rosa, ven.

ROSA. (Dentro.) Voy al momento.

P. AND. Ahí tiene usté un argumento  
invencible.

FELIPE. ¡Margarita!

## ESCENA IX

DICHOS y MARGARITA; luégo ROSA y GASPAR.

Al final CARLOS

ANS. ¿Qué te pasa?

MARG. Que hace un rato  
oí las doce sonar  
y aún está sin arreglar  
la mesa.

P. AND. ¡Qué desacato!

ANS. ¿No has visto á Felipe?

MARG. Si.

(Qué torpeza.) (Aparte.)

FELIPE. A mi llegada.

MARG. Es cierto, estaba asomada  
á la ventana y le ví.

Le hacemos á usted esperar.

(Al Padre Andrés.)

P. AND. ¡No hay prisa!

MARG. ¡Rosa!

ROSA. Allá voy,

(Sale Rosa con unos platos, que deja encima del aparador, por la segunda puerta de la derecha.)  
ó mejor dicho, aquí estoy.

Ayúdame tú, Gaspar.

(Sale Gaspar por la derecha. Rosa ayudada de Gaspar empieza á poner la mesa. El Padre Andrés toma asiento en el sillón. Don Anselmo lo hace á un lado en una silla. Margarita y Felipe, en primer término en el sofá. Felipe bajo á Margarita.)

FELIPE. Bien mío, ¿por qué he de ver huellas de llanto en tus ojos? ¿Sufres? ¿A qué esos enojos?

MARG. ¿A qué tratas de esconder un secreto y me condenas á sufrir? por eso lloro y mis lágrimas devoro como devoras tus penas.

P. AND. Bien se explica la pareja, don Anselmo.

ANS. Labre Dios la ventura de los dos.

ROSA. Mira que eres torpe. Deja eso allí encima. (Á Gaspar.)

GASPAR. Mujer, no vayas ahora á enfadarte.

ROSA. ¡Majadero!

GASPAR. Es que al mirarte, me embobo, y no sé que hacer, Rosilla.

(Trata de cojerle una mano por debajo de la mesa.)

ROSA. ¡Quieto, Gaspar!

GASPAR. Pero chica, si es en broma.

ROSA. ¿No te estás quieto? Pues toma.

(Dándoto un pellizco. Sale por la segunda puerta de la derecha.)

GASPAR. ¡Ay!

P. AND. ¿Qué es eso?

GASPAR. Al colocar

la botella, he tropezado;  
se torció el pié, me escurrí...

ANS. Eso me parece á mí,  
que te escurres demasiado.

(Gaspar sale por el fondo, y entra Rosa por la  
segunda de la derecha con una sopera en la mano.)

ROSA. La sopa.

P. AND. Nombre bendito.

ROSA. Abrasa.

Aún se oye el hervor.

P. AND. Y tiene el humo un olor  
que despierta el apetito.

ANS. Pues no hay tiempo que perder.  
Á usted toca bendecirla  
y á nosotros consumirla;  
conque vamos á comer.

(Todos se dirigen á la mesa y dice Carlos dentro.)

CARLOS. ¿Bien todos?

GASPAR. Voy al momento.

ANS. ¡Es Carlos!

MARG. Sí.

GASPAR. Daré aviso  
á los amos.

CARLOS. No es preciso.  
Señores, ¿hay un asiento?

## ESCENA X

DICHOS, CARLOS y GASPAR

ANS. ¡Carlos!

CARLOS. Yo.

ANS. ¡Sin avisar!

P. AND. Mayor placer nos procura.

CARLOS. ¿Cómo vamos, señor cura?...  
¿No me quieres abrazar,



reina en un pueblo cautiva?

(Dirigiéndose á Margarita.)

MARG. ¿Cómo estás, Carlos? (Con frialdad.)

CARLOS. ¿Así

me recibes? No creí  
encontrarte tan esquivá.

MARG. Yo...

CARLOS. Disgustarte no quiero.

Servidor... (Por Felipe.)

(Cosa más rara.) (Aparte.)

¿Dónde he visto yo esta cara?

ANS. Carlos Suárez, ingeniero,  
á quien por lo de él hablado  
conocerá usted.

FELIPE. Sí tal.

ANS. Don Felipe Carvajal,  
mi amigo muy estimado.

(Felipe y Carlos se saludan. Don Anselmo vuelve  
al lado del Padre Andrés. Margarita queda algo  
más cerca de Felipe que de Carlos.)

CARLOS. Carvajal... ahora recuerdo,  
tuve la dicha de hablarle  
en Madrid y prestarle  
mis respetos.

FELIPE. No recuerdo.

(Me conoce.) (Aparte.)

CARLOS. Es natural  
que no se acuerde de mí;  
á usted presentado fui  
un día antes del fatal  
suceso que ha motivado  
sus penas.

MARG. (Aparte.) (¿Qué oigo? Sabré  
la verdad.)

FELIPE. (Bajo á Carlos.) Mal hace usted  
en recordarme el pasado.

CARLOS. ¡Cómo!

ANS. ¿Os conocéis?

CARLOS. Sí.

P. AND. ¿Trato amistoso y frecuente?

CARLOS. No por cierto... casualmente.

FELIPE. Una vez sola le ví.

P. AND. ¿Vamos?

FELIPE. (A Carlos.) ¡Silencio, por Dios!

MARG. (Ap.) ¡Qué le angustia y qué le altera!

FELIPE. Ni una palabra siquiera  
hasta que hablemos los dos.

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

El teatro representa un gabinete contiguo al comedor y modestamente decorado. Puerta al fondo. En el lateral derecha una puerta y una ventana; en la izquierda una puerta. A la izquierda, en primer término, un diván, y algo más retirado un velador sobre el cual habrá un servicio de café. Al comenzar el acto aparecen los actores sentados mientras Margarita les sirve el café.

### ESCENA PRIMERA

MARGARITA, FELIPE, DON ANSELMO, el PADRE ANDRES, CARLOS y luego ROSA

MARG. ¿Cuánta azúcar? (A Carlos.)

CARLOS. Dos terrones,  
y aún hay de sobra con ellos,  
que servidos por tu mano,  
bastan con ser tan pequeños  
para endulzar todo el moka  
que existe en el universo.

MARG. ¿Lisonjas? Usted Felipe.  
(Sirve á Felipe y al coger un terrón lo deja caer  
sobre el platillo.)

Se cayó.

Suplan mis dedos  
las tenacillas. (Alarga la taza á Felipe.)

FELIPE. Mil gracias.  
CARLOS. Qué suerte... envidia te tengo.  
MARG. El café.

ANS. ¡Conque tu viaje!...

CARLOS. Ni interesante ni nuevo.  
Siempre en fábricas metido,  
entre el formidable estruendo  
de máquinas que sacuden  
sus músculos gigantesos,  
y que entrechocan sus dientes  
y vomitan por sus huecos  
espesas columnas de humo  
y rojas lenguas de fuego;  
¿qué pudiera yo contarles  
de los diferentes pueblos  
que visité? Nada ó algo  
à todo interés ageno.

Seguro estoy de que piensa  
lo mismo este caballero. (Por Felipe.)

FELIPE. ¿Yo? (Ap.) (¡Qué tortural!) (Alto.) Usted habla  
de algo que es grande y que es bello,  
porque encarna la más justa  
de las leyes: el progreso;  
todo lo que á él se encamina  
es sublime y es eterno.  
La materia como el alma,  
necesitan de ese aliento  
formidable, que va obstáculos  
y tradiciones corriendo;  
felíz del que á la materia  
encamina sus esfuerzos;  
ese triunfa en el combate;  
más rebelde y más complejo  
el organismo del alma,  
lucha más y avanza menos;  
y en tanto que la materia,  
sumisa á nuestros deseos,  
nos ofrece sus tesoros  
y nos entreabre su seno,  
como esclava que se rinde  
al capricho de su dueño.  
El alma resiste, brega,

y cada triunfo completo,  
cuesta un siglo de amarguras  
y otro siglo de tormentos.  
Ahí le es más fácil al hombre  
dominar con sus esfuerzos  
el rudo bloque de piedra,  
la informe masa de hierro,  
el rayo que va en las nubes  
y el mar entre rocas preso,  
que vencer una costumbre  
injusta, un error grosero,  
la superstición más leve  
y el absurdo más pequeño.

P. AND. ¿Qué opinas tú? (A Carlos.)

CARLOS. Señor cura,  
yo de estas cosas no entiendo.

MARG. ¿No entiendes?

CARLOS. Para nosotros  
el alma no tiene objeto.

ANS. ¡Carlos!

FELIPE. Ustedes acaso  
sin quererlo y sin saberlo,  
inventan y perfeccionan  
del espíritu en provecho.

CARLOS. ¿Nosotros? ¿De qué manera?  
Diga usted.

FELIPE. Sustituyendo  
en los campos, en las fábricas,  
en todas partes á un tiempo,  
á los músculos de carne  
por los músculos de acero.

P. AND. ¿Y qué?

FELIPE. Que cuando esto ocurra  
de un modo invariable y cierto,  
el hombre, libre de trabas  
que le sujeten al freno  
de materiales trabajos,  
podrá dedicar su empeño  
á un solo fin, el más noble,  
el más digno de su genio;  
la perfección del espíritu,  
el ensanche del cerebro

y el predominio del alma,  
que es su misión y su objeto.

P. AND. Con tan raras teorías  
adiós los santos preceptos.

MARG. ¿Por qué?

P. AND. Dios le dijo al hombre:  
has de ganar el sustento...

ANS. Con el sudor de tu frente;  
no habló del sudor del cuerpo.

CARLOS. Bien dicho; pero termine  
esta discusión, no demos  
motivo á que Margarita  
nos tache de desatentos.

MARG. ¿Por qué? Le oigo con gusto.

CARLOS. Más lógico es que tratemos  
de otras cosas. Yo, aún podría,  
evocando mis recuerdos,  
contar alguna aventura.

MARG. ¿Amorosa?

CARLOS. Ni por pienso.  
Si alguna mujer despierta  
ansias de amor en mi pecho,  
esa mujer, te lo juro,  
no vive en el extranjero.

FELIPE. (Aparte.) (¿Qué dice?)

CARLOS. (Acercándose á Margarita y con acento apa-  
sionado.)  
Vive más cerca. ¿Comprendes?

MARG. No te comprendo.

FELIPE. (Ap.) (Quiere robarme la dicha  
tras de robarme el sosiego.)

MARG. ¿Han terminado?

ANS. Sí.

MARG. (Tira del cordón de la campanilla. Sale Rosa por  
el fondo.)  
¡Rosa!

ROSA. Señorita.

MARG. Llévate eso.

(Rosa recoge el servicio del café y se retira con  
él por el fondo.)

ANS. Vamos al jardín, su sombra  
nos dará ambiente más fresco;

tu cuarto, está donde siempre,  
del corredor al extremo.

(Á Carlos señalándole la puerta lateral de la izquierda.)

CARLOS. Gracias.

FELIPE. Necesito hablarte. (Bajo á Margarita.)

MARG. También yo hablarte deseo.  
En el jardín...

FELIPE. No es posible.

MARG. Entonces...

FELIPE. Aquí te espero.

ANS. Ven, Margarita.

(Margarita se dirige hacia don Anselmo y se encamina al fondo, apoyada en el brazo de aquél.)

CARLOS. Al instante  
me uno á ustedes.

(Hace ademán de dirigirse hacia la izquierda.)

FELIPE. ¡Un momento!

(Carlos se detiene: Margarita y don Anselmo salen por el fondo. Don Anselmo le sigue á alguna distancia.)

## ESCENA II

FELIPE, CARLOS y el PADRE ANDRÉS

FELIPE. Usté me habló del pasado  
y fuerza es que de él hablemos  
ahora.

CARLOS. Estoy á sus órdenes.

(El Padre Andrés, que llega al fondo, se vuelve hacia don Felipe y le dice:)

P. AND. ¿No viene usted?

FELIPE. No, me quedo  
un instante con don Carlos.  
Luégo bajaré.

P. AND. Les dejo.

Los amigos siempre tienen  
que contarse algo. (Ap.) (Secretos  
entre uno y otro...) (Alto.) Señores,  
hasta después.

CARLOS. Hasta luégo.

(Sale el Padre Andrés.)

### ESCENA III

FELIPE y CARLOS. Al final MARGARITA. Felipe llega hasta el fondo para cerciorarse de que el Padre Andrés ha bajado al jardín. Luégo vuelve al primer término donde está Carlos.

FELIPE. Usted conoce mi afrenta.  
El suceso desgraciado  
que en mi memoria ha gravado  
una página sangrienta,  
y que de mi alma arrancó  
los gérmenes de la dicha,  
pudo causar mi desdicha,  
mi remordimiento, no.

CARLOS. Porque así llegué á estimarlo,  
hablé del trance fatal  
en voz alta.

FELIPE. Hizo usted mal.  
A mí me importa ocultarlo.

CARLOS. ¿Por qué?

FELIPE. Pregunta insensata.  
(Ap.) (Si supiera...) No adivina  
que el pasado me asesina,  
y me avergüenza y me mata.  
¿No comprende usted que hui  
para que ninguno viese  
mi ultraje? Si tal no fuese,  
¿cómo estuviera yo aquí?  
Mi deshonra, aunque vengada,  
se hizo pública y persiste;  
aquí tan sólo no existe  
porque nadie sabe nada:  
aquí vine, por creer  
que en tan humilde lugar,  
nadie podría evocar  
los fantasmas del ayer;  
y viendo que usted iba á hundir  
esta dicha, la postrera,  
le he impedido que dijera...



lo que pensaba decir.

CARLOS. No me explico su tormento:  
el que como usted, procede  
honradamente, ni cede  
ni teme al remordimiento.  
La infamia se desafía  
cuando se venga.

FELIPE. No acabe.

CARLOS. ¿Por qué?

FELIPE. Porque usted no sabe  
toda la desgracia mía.

CARLOS. La conozco.

FELIPE. ¿Y considera  
que ocultarla necio ha sido?...  
No la sabe, ó la ha sabido  
por los labios de un cualquiera,  
que en son de cuento la ofrece.  
Las penas, para sentir las,  
se hace necesario oirlas  
del mismo que las padece.  
Usted por mí va á saberlas;  
diga después de escucharlas,  
si hay razón para ocultarlas  
y razón para temerlas.

CARLOS. Si evocando su memoria  
padece usted, yo no trato...

FELIPE. Sufrir... Es corto el relato  
y muy sencilla la historia.  
(Pausa.) De un hogar rico y dichoso,  
disfrutamos por igual  
un marido cariñoso,  
un amante venturoso  
y una mujer desleal.  
Ella de instinto liviano,  
él modelo de candor...  
El amante era un villano,  
de esos que nos dan la mano  
y nos quitan el honor.  
Lo quiso así la impiedad  
ó el capricho de la suerte,  
formando esa trinidad  
que construye la maldad

y que desata la muerte.  
Para el marido engañado,  
vivió el crimen rodeado  
del misterio más profundo.  
No dudaba... El hombre honrado  
cree que lo es todo el mundo.  
(Pausa.) ¿Cómo lo supe?... No tiene  
valor... Un rastro, un indicio...  
Nube que el rayo contiene,  
pasa y cumple con su oficio  
sin decir de dónde viene...  
Vencí mi angustia mortal  
con esfuerzo sobrehumano,  
y fuí al encuentro del mal  
acariciando un puñal  
entre mi convulsa mano.  
No quería que el fragor  
de un tiro mi deshonor  
contáse y mi desventura...  
El hierro es arma segura  
y calla y mata mejor...  
(Pausa.) Hasta la casa llegué...  
Nadie me veía... entré...  
una escalera subí,  
la puerta en silencio abrí  
y en el cuarto penetré.  
Marchaba con precaución  
con miedo, con turbación,  
acobardado, sombrío...  
Iba á recobrar lo mío  
y parecía un ladrón...  
Con planta torpe é incierta  
cruzo una estancia desierta,  
suena un beso más adentro,  
avanzo, empujo una puerta  
y mi deshonor encuentro...  
Poca luz... la que bastaba  
para la deshonor mía...  
Aquella luz alumbraba  
á una mujer que reía  
y á un hombre que la abrazaba.  
Verme trocarse en locura

mi odio y su fiebre en espanto,  
fué un momento... lo que dura  
en los felices el llanto  
y en los tristes la ventura.  
La mujer lanzó un gemido:  
el hombre, irritado y fiero,  
llegó hasta mí decidido  
á salvarla... Aquel bandido  
era todo un caballero.

**CARLOS** ¿Lucharon?

**FELIPE.**

Á no dudar.

Como lo pueden hacer  
el que desea salvar  
la vida de una mujer  
y el que la quiere matar.  
¡El miserable! .. Duró  
poco su insensato anhelo;  
mi arma en su pecho se hundió  
y su cadáver rodó  
por el alfombrado suelo.  
Por el cadáver salté,  
y ciego de rabia fui  
al sitio donde la ví  
refugiarse... no la hallé;  
la infame no estaba allí.

**CARLOS**

**FELIPE.**

¿Que no estaba?

Había huído

aprovechando el instante.  
Es tan vil, que no ha sabido  
ni respetar al marido  
ni morir con el amante.  
Huyó, y al mirar que huía,  
ví que en el fango se hundía  
la dignidad de mi nombre.  
¿Sin ella, de qué me servía  
el cadáver de aquel hombre?  
De nada. Porque al matar,  
yo pretendía librar  
mi honor de su infame huella ..  
y mi honor se fué con ella  
y no lo puedo salvar.

**CARLOS.** ¡Lance horrible! Pero usted

no tiene ningún motivo  
para ocultarlo.

FELIPE. Es que vivo  
de la traidora á merced;  
porque en su tráfico inmundo  
no se detuvo un instante,  
y muerto el primer amante  
abrió la puerta al segundo,  
mientras la chusma social  
repetía: «Esa liviana,  
esa torpe cortesana  
es mujer de Carvajal.»  
Entre el asqueroso cieno  
que las gentes revolvían,  
se mezclaban y se unían  
mi nombre y su desenfreno.  
¿Podía ver yo con calma  
que sirviese mi apellido  
en azote convertido  
para desgarrarme el alma?  
¡Imposible! No podía,  
y determiné alejarme  
de las gentes, ocultarme  
y hundir la vergüenza mía  
aquí donde sufro y vivo,  
sin que nadie sea osado  
á recordarme el pasado  
con acento compasivo.  
Un gesto, una indiscreción,  
harán que mi pena estalle.  
Necesito que usted calle.  
Hé aquí mi pretensión.

CARLOS. Extraño afán... No recele;  
puesto que así lo desea  
y lo pide, que yo sea  
quien su desdicha revele.

(Aparece Margarita en la puerta del fondo. Al ver á Carlos, se detiene y queda en actitud de escuchar.)

Su secreto está guardado  
por mi fe de caballero.

FELIPE. De ella fío; en ella espero.

MARG. (¿Qué dicen?) (Aparte.)

CARLOS. No haya cuidado.

FELIPE. Gracias.

CARLOS. Así lograré  
que perdone una imprudencia  
cometida sin conciencia..

(Se dirige hacia la izquierda.)

FELIPE. ¿No va al jardín?

CARLOS. Luégo iré.

FELIPE. Pues le aguardo.

CARLOS. No señor.

FELIPE. Yo...

CARLOS. De ninguna manera.

bajaré por la escalera  
que limita el corredor.

Hasta después. (Sale. Margarita en el fondo y  
Carlos por la izquierda.)

MARG. Es forzoso

que él me diga...

FELIPE No hablará

y mi pecho gozará  
de este martirio dichoso.

¡La dicha! Qué necio fui...

Dichoso, y pongo el objeto  
de mi dicha en un secreto  
que no depende de mí.

(Se deja caer con desesperación en el diván.)

## ESCENA IV

FELIPE y MARGARITA. Al final DON ANSELMO.

Margarita avanza sin ser vista de Felipe hasta el sitio ocupado por éste.

MARG. (Ap.) Lloro. (Alto.) ¡Felipe!

FELIPE. ¿Quién?

(Ap.) ¡Ella! (Alto.) ¿Tú?

MARG. Yo que venía

mientras que se despedía  
el mío del Padre Andrés,  
á cumplir lo que exijiste,  
á verte. Llegaba aquí,

te hallé con Carlos, le oí  
y me detuve.

FELIPE. ¿Qué oíste?

Dílo pronto.

MARG. Asegurar  
la fianza de un secreto  
que yo ignoro por completo  
y que voy á averiguar.

FELIPE. ¡Averiguarlo! ¿Por quién?

MARG. Por tí...

FELIPE. ¡Qué insensata ideal!

MARG. Es tuyo y sea cual sea,  
debe ser mío también.

FELIPE. No sigas, no hables así.  
Si mis secretos oculto  
y en mi alma los sepulto,  
es por tu dicha, por tí.  
Por tí imploro compasión,  
por tí gratitud ofrezco  
á ese hombre á quién aborrezco  
con todo mi corazón.

MARG. ¿Á Carlos? ¿Te inspira enojos?  
¿Por qué?

FELIPE. Porque se proclama  
tu adorador, porque te ama,  
te ama, lo he visto en sus ojos,  
y lo sé y nada le digo,  
é imploro su caridad  
con acento de piedad  
y actitudes de mendigo;  
y me humillo ante él, y llego  
á solicitar su amparo  
y en mis odios no reparo.  
¿Para hablarle en son de ruego  
el egoísmo me incita?  
¿Lo hago por mí? Por mí, no;  
por mí no rogara yo;  
lo hago por tí, Margarita.

MARG. ¿Y si yo quiero exigir  
que hables? Responde.

FELIPE. No aumentes  
mis angustias, no lo intentes,

porque nada he de decir.

MARG. El que ama no oculta nada.

FELIPE. Lo oculta, cuando al hablar  
sabe que puede aumentar  
las angustias de su amada;  
y lo oculta cuando espera  
ver en sus frases perdido  
el amor del sér querido:  
es decir, la vida entera.

Porque no llegué á contarlo  
aquella noche fatal

callé entonces, é hice mal.

Hoy no puedo revelarlo.

MARG. Felipe, ¿qué estás diciendo?

FELIPE. Que me da espanto creer  
que tu amor voy á perder.

MARG. ¿Dudas de mi amor sabiendo  
que en mi pecho vive y arde?

FELIPE. ¿La razón no te se alcanza?

El es mi última esperanza,  
¿cómo no he de ser cobarde?

MARG. Necio. ¿Y así desconfías

de mí, que existo por tí,

y al darte mi honra te dí

todas las venturas mías?

Te engañas: no eres buen juez,

no. La mujer cuando llega

á amar á un hombre, se entrega

para siempre y de una vez;

no hay fuerza que la quebrante,

ni valla que la sujete,

ni desdicha que la inquiete,

ni martirio que la espante.

Del hombre valor recibe

y es firme, invariable, fiel;

ella no existe; ella es él,

por él muere, por él vive,

en él lo concentra todo

y marcha con fé segura;

si él está arriba, á la altura;

si está en el abismo, al lodo.

Así te amo y te amaré;

así yo el amor comprendo.  
De otro modo, ni lo entiendo,  
ni lo siento, ni lo sé.

FELIPE. ¡Bien mío!

MARG. Torpe es la idea  
que tus dudas ha causado.  
Háblame de tu pasado  
por muy horrible que sea;  
refiéreme uno por uno  
tus tormentos, tus dolores,  
tus afrentas, tus rencores,  
sin ocultarme ninguno.  
Si hay penas, sabré llorarlas;  
si injusticias, combatir las;  
si humillaciones, sufrirlas;  
si amarguras, consolarlas:  
y si tu pasado es  
digno de infamia y castigo,  
sabré arrostrarlo contigo  
aunque sucumba después...

FELIPE. Aunque tu bondad quisiera,  
alcanzarlo no podría.

MARG. ¡Felipe!

FELIPE. No faltaría  
quien hacerlo te impidiera.

MARG. ¿Sujetar mi corazón?  
¿Y quién iba á conseguirlo?  
No hay razón para impedirlo.

FELIPE. ¿Y si tuviesen razón...?

MARG. ¿Tenerla...? Yo quiero unir  
nuestra suerte. De eso trato.  
Sea cual sea, la acato,  
¿quién me lo puede impedir?  
¿Eres hijo del azar?  
No importa. Te amo y te sigo,  
y el baldón parto contigo  
y no te dejo de amar.  
¿Algún ultraje obscurece  
tu fama? Yo lo soporto,  
y contigo lo comparto  
y mi amor contigo crece.  
¿Fuiste criminal? Pues bien,



no cedo. ¿Estás deshonrado?  
¿Eres pobre? ¿Desgraciado?  
te sigo y te amo también.  
Á todo la inmensidad  
de mi cariño se impone.

FELIPE. (Ap.) (¡Todo, todo lo supone,  
todo, menos la verdad!)  
Santa y hermosa mujer,  
que arrojan en mi camino  
asechanzas del destino  
que yo no supe vencer;  
mi amor con el tuyo humillas.  
No, yo no puedo adorarte  
como á mujer, debo amarte  
como lo hago, de rodillas;  
admirando tu candor  
que por mi desdicha clama.  
Tú no eres la mujer que ama,  
porque eres todo el amor.

(Aparece don Anselmo en el fondo y contempla  
sin ser visto de ellos el grupo que forman Margarita  
y Felipe.)

Mi afecto no necesita  
más premio ni más merced.

MARG. ¡Felipe de mi alma!

(Don Anselmo, que ha ido avanzando lentamente,  
exclama encarándose con Felipe.)

ANS. ¿Usted  
á los piés de Margarita?

## ESCENA V

DICHOS y DON ANSELMO

FELIPE. ¡Don Anselmo!

ANS. No pensara  
yo nunca que en este hogar  
quien alto podia hablar  
del misterio se amparara;  
ni creí que la hija mía,  
cuando el momento llegase

de que á un extraño adorase,  
su pasión me ocultaría.

MARG. ¡Padre!

ANS. Soy hombre de honor,  
y hombre de honor le he juzgado  
cuando su mano he estrechado.

FELIPE. ¡Don Anselmo!

MARG. Por favor.

Escucha.

ANS. Debo quejarme  
de ver que á tu padre alcanza  
tu falta de confianza.  
(A Felipe.) Usted debió revelarme  
su apasionada querella.

FELIPE. (Ap.) ¡Y yo á tal infamia llego!

MARG. Padre, yo...

FELIPE. Señor...

ANS. Le ruego

que me deje aquí con ella.

Voy de su ventura en pos  
y á solas deseo hablarla.

MARG. Felipe...

FELIPE. (Ap.) ¡Yo abandonarla!...

ANS. Luégo hablaremos los dos;  
(Ademán de interrupción en Felipe.)  
modere usted su ansiedad.

FELIPE. Yo fui quien de ella á despecho...

ANS. ¡Salga! Aún me asiste el derecho  
de imponer mi voluntad.

Aún la puedo detener  
en mis brazos, aún es mía.

(Felipe se dirige hacia don Anselmo como si quisiera hablarle; luégo se detiene y se encamina precipitadamente hacia la puerta lateral izquierda.)

FELIPE. (Ap.) Mi esperanza y su alegría,  
todo sucumbe, ¿qué hacer? (Sale.)

## ESCENA VI

MARGARITA, DON ANSELMO y al final CARLOS

ANS. ¿Me recatabas tu amor,  
Margarita?

MARG. ¡Padre mío!

ANS. Si yo tu ventura ansío;  
si mi deseo mejor  
es contemplarte dichosa,  
¿á qué venía ocultarme  
tu cariño? ¿A qué engañarme?

MARG. ¡Padre, perdón!

ANS. Triste cosa  
es pasar la vida entera  
á un afecto consagrado,  
y vivir á él entregado  
como si más no existiera,  
para ver que se derrumba  
cuando nuestro sér perece,  
y nuestra alma se extremece  
sobre el borde de la tumba.  
Por tí existo, sin tener  
otra ambición ni otra mira...  
Después del que un hijo inspira  
¿qué afecto puede caber?  
Ninguno; en él se concentra  
toda gloria y todo empeño;  
pero ese querido dueño  
un hombre á su paso encuentra,  
sus ojos en los de él fija,  
se une á él con una mirada,  
y el que es padre ya no es nada  
en la existencia de su hija.

MARG. Nunca, señor, no lo creas;  
siempre hice de tí el objeto  
de mi amoroso respeto;  
aunque de otro hombre me veas,  
seré á tus desvelos fiel.

ANS. ¿Y siéndolo, me engañaste  
y la verdad me ocultaste?

(Ademán de interrupción en Margarita.)

¿Qué le has ocultado á él?

MARG. Señor...

ANS. Engañarme así...

MARG. ¡Padre, por piedad...!

ANS. Dejemos  
mis penas, de ellas no hablemos.  
Hablemos de él y de tí.  
¿Le quieres mucho?

MARG. Señor. .

ANS. Dilo.

MARG. Mi existencia es suya.

ANS. Y él á cambio de la tuya,  
¿te da su vida y su honor?

MARG. Sí, padre.

ANS. Y si yo exigiera  
de tí que le abandonases,  
que de quererle dejases...

MARG. ¡Cómo!

ANS. Si yo te dijera  
no ames, ¿qué harías después  
de oirme?

MARG. No sé qué haría,  
sólo sé que moriría.

ANS. Le adoras... ¡Qué feliz es...!

No temas, bien mío, no,  
que á tu deseo me oponga  
y que mi capricho imponga  
á tus voluntades. Yo  
las respeto.

MARG. ¡Y él que dudaba-

ANS. ¿Dudar?

MARG. No es eso... Temía  
tu oposición... Yo sabía  
que al pensarlo se engañaba  
Lo sé. En tu cariño fío.  
¿Verdad?

ANS. ¡No ha de ser verda-  
si esa es tu felicidad!

MARG. ¡Qué bueno eres, padre mío!

ANS. Que duda, ¿pero por qué?

MARG. Porque recela...

- ANS. (Aparte.) (¿Qué es esto?)  
¡Habla!
- CARLOS. Me voy si molesto.
- ANS. ¡Carlos!
- CARLOS. ¿A estorbar llegué?
- MARG. No, yo salía.
- CARLOS. Corriente.  
Hasta luégo.
- MARG. Adiós. (Sale por la derecha.)
- ANS. Adiós.
- CARLOS. Estando solos los dos,  
hablaré más fácilmente.
- ANS. Ella podía impedir...
- CARLOS. No tanto; pero yo quiero  
que usted escuche el primero  
lo que le voy á decir.

## ESCENA VII

DON ANSELMO, CARLOS y al final GASPAR

- CARLOS. Expondré á usted mis propósitos  
sin retóricos alardes,  
que ni entran en mis costumbres  
ni encajan en mi carácter.  
Bajé al jardín con o'jeto  
de detenerle y hablarle:  
no estaba usted, dí la vuelta  
y vengo para que acaben  
de una vez estas zozobras  
conque mi pecho combate.
- ANS. No te comprendo, pero habla.
- CARLOS. El comprenderme es muy fácil.  
Usted conoce mi vida  
y toda mi historia sabe.  
Solo en este mundo y falto  
del apoyo de mis padres,  
dí comienzo á mis estudios;  
con ellos marché adelante,  
y ultimada mi carrera

y al término de mis viajes  
pregunto á usted y me pregunto:  
El que huye las liviandades  
que á la juventud mantienen  
en un delirio constante;  
el que del hogar ansía  
los goces inacabables,  
y está huérfano y posee  
sólida y segura base  
para luchar con la vida,  
¿qué debe de hacer?

ANS. Casarse  
con una mujer honrada  
que le respete y que le ame.

CARLOS. Yo también pienso lo mismo,  
y los motivos que me hacen  
provocar esta entrevista,  
á mi casamiento atañen.

ANS. ¿Y yo, qué puedo decirte,  
ni qué puedo aconsejarte?  
(Ap.) ¡Pobre Carlos!

CARLOS. Es que todo  
depende de usted. El ángel  
en quien mi esperanza fundo,  
es Margarita. Durante  
la ausencia, vino conmigo  
su hermosa y querida imagen.  
En ella he pensado siempre,  
y aquí vengo para darle,  
si usted quiere y ella acepta,  
mi nombre. Estos mis afanes  
han sido, este mi deseo  
y esto lo que á usted me trae.

ANS. Carlos... De sobra conoces  
que fuera dichoso trance,  
para quien como yo te ama  
y lo que mereces sabe,  
darte á mi hija, y mi ventura  
con su ventura entregarte;  
pero bien á pesar mío  
y sintiendo tus pesares,  
debo decirte que pides

lo imposible... Llegas tarde.

CARLOS. ¿Por qué?

ANS. Porque Margarita  
ama á otro hombre.

CARLOS. ¿A quién?

Acabe.

ANS. ¿No lo adivinas?

CARLOS. No acierto.,.

ANS. Felipe.

CARLOS. ¡Qué!

ANS. De amargarte  
la esperanza me conduelo;  
pero mi deber...

CARLOS. ¡Oh, calle,  
calle usted!... Lo que me asusta  
no es mi dolor, son sus frases.  
Felipe y ella... No es cierto.  
Usted se engaña.

ANS. Engañarme,  
¿por qué?

CARLOS. Porque es imposible  
que ella le ame, ni que él la ame.  
Usted se funda en supuestos  
faltos de apoyo y de base;  
usted sueña.

ANS. Los he visto  
aquí mismo hace un instante  
hablando de amor; por mi hija  
supe que ese amor es grande,  
y determiné aceptarlo.

¿Qué habrá que saber me falte?

CARLOS. Mucho; lo que usted ignora;  
que ese hombre es un miserable.

ANS. ¿Tal dices?

CARLOS. Y lo repito,  
porque si ofrecí callarme,  
no fué del honor en contra,  
y el honor me obliga á que hable.  
Ese hombre á quien usted ofrece  
venturas inacabables,  
ni es quién para merecerlas,  
ni de ellas está al alcance.

ANS. ¡Cómo!

CARLOS. Felipe es casado.

ANS. ¿Estás loco ó delirante?  
Tú eres quien sueña.

CARLOS. No sueño.

ANS. ¡Él ha de ser tan infame!...  
¡él iba á intentar!.. ¡no es cierto!...  
dentro de mi alma no cabe  
suposición tan monstruosa.  
¿Será tan vil, tan cobarde,  
que á mi hija...?

CARLOS. Sí.

ANS. ¿No has mentido?

CARLOS. Estoy dispuesto á probarle  
la verdad de mis palabras,  
en forma que no le asalten  
dudas.

ANS. ¡Probarlo tú!... ¿Cómo?

CARLOS. Arrojándole al semblante  
aquí mismo, en su presencia,  
la iniquidad de sus planes.

ANS. ¡Pobre Margarita mía!  
¡Y yo he llegado á admirarle!  
Basta. Si sufrí el engaño,  
no consentiré el ultraje.  
¡Gaspar!

CARLOS. ¿Qué intenta?

ANS. Bien claros  
están mi objeto y su alcance;  
que tu acusación mantengas.  
Luégo... Gaspar... ¡Miserable!

## ESCENA VIII

DICHOS y GASPAR por el fondo.

GASPAR. ¡Señor!

ANS. ¿Está don Felipe  
aún en casa?

GASPAR. Hace un instante  
se encontraba paseando  
en el jardín.



ANS. Ve á buscarle,  
y dile que aquí le espero.  
GASPAR. Está bien. (Sale.)  
ANS. ¡Quiso robarme  
más que la existencia, la honra!  
Gracias, Carlos.  
CARLOS. Repórtese,  
es conveniente.  
ANS. ¡Dios mío!  
No temas que me acobarde  
el dolor.  
GASPAR. Viene en seguida.  
ANS. Sal.  
Que no nos oiga nadie.  
(Sale Gaspar por el fondo.)

## ESCENA IX

DICHOS y FELIPE. Al final MARGARITA

FELIPE. ¿Me llamaba?  
ANS. Sí, tenía  
por verle afán tan profundo,  
que un siglo cada segundo  
á mi anhelo parecía.  
FELIPE. ¿La causa?..  
ANS. Una acusación  
que contra usted ha dirigido,  
alguien que me ha prevenido  
de una cobarde traición.  
FELIPE. ¡Acusación!  
ANS. Y al hacerla  
y en contra de usted lanzarla,  
está dispuesto á probarla.  
CARLOS. Y dispuesto á mantenerla.  
FELIPE. ¡Cómo!  
¿Acaso usted osó  
revelarle?... ¡No es posible  
desventura tan horrible!..  
Usted callar me ofreció,  
y yo ofenderle no quiero;

mas si á tanto se ha atrevido,  
ni es noble, ni bien nacido,  
ni honrado, ni caballero.

CARLOS. ¡Me insulta!

ANS. ¡Basta!

(Á Felipe.) Yo sé  
que ha sido honrado al hablar.  
Me falta ahora averiguar  
un hecho. Si lo es usted.

FELIPE. ¡Dón Anselmo!

ANS. Él asegura,  
y por su fé lo ha jurado,  
que usted es un hombre casado.  
¿Esto es verdad ó impostura?

FELIPE. ¿Pero es cierto ó loco estoy?

ANS. Sólo eso me ha de decir.

FELIPE. (Ap.) ¡Margarita! ¿A qué mentir?

¿A qué negarlo? ¡Lo soy!

ANS. ¿Y de honradéz hace alardé,  
y ultraja á ese hombre después  
de tal infamia? ¡Usted es  
el canalla y el cobarde!

FELIPE. ¡Don Anselmo!

ANS. Lo repito.

FELIPE. ¡Oh, mi cerebro enloquece!

ANS. Sólo esos nombres merece  
el que prepara un delito  
y el duelo quiere sembrar  
de peligros á cubierto,  
en un hogar que ha abierto  
sus puertas de par en par.

FELIPE. Señor...

ANS. Mi amistad le dí;  
nada le negó mi fe.  
Eso hice yo por usted...  
¿Qué es lo que hizo usted por mí?  
Engañarme por sorpresa;  
ocultar su condición;  
proceder como el ladrón  
en acecho de la presa  
que ante sus pasos se agita;  
escarnecerme, humillarme,

y mentir para robarme  
el honor de Margarita.

FELIPE. ¿Que yo alimenté la idea  
de ser inícuo y traidor  
á sabiendas? ¡Oh, señor,  
no lo crea, no lo crea!  
Convencerle necesito,  
jamás en ello pensé;  
ví á Margarita y la amé,  
este es mi único delito.  
Pero al mirar que era un sueño  
mi amor, traté de matarlo  
y luché por ocultarlo  
con decisión, con empeño,  
con fiebre... usted no podía  
conmigo cruel mostrarse,  
si pudiera usted asomarse  
al fondo del alma mía.  
¿Cómo vencer la locura  
de mi alma, si la aumentaban  
mis ojos que la miraban  
su nobleza, su hermosura,  
y la pasión que en mi pecho  
repelía sin cesar...  
ama, ama; porque amar  
no es delito, es un derecho?  
¡Oh, cuánto, cuánto sufrí!  
Llegó un día y no encontré  
fuerzas en mi alma y hablé...  
pero quien procede así,  
quien sin hipócrita alarde  
con tesón ha combatido,  
cuando cae es un vencido,  
no un canalla y un cobarde.

ANS. Aún la compasión invoca.

FELIPE. ¡La compasión!... Ni la espero,  
ni la pido, ni la quiero.

CARLOS. Fuera empresa torpe y loca  
solicitar tal merced.  
Quien á crímenes da abrigo,  
sólo merece castigo  
y afrenta.

- FELIPE. ¡Qué dice usted!  
¡Usted se atreve á injuriarme!  
Este hombre, este anciano puede,  
mi culpa se lo concede,  
escarnecerme, humillarme,  
ser inflexible, severo,  
cruel, y lo sufro yo...  
pero de usted... de usted, no;  
á usted no se lo tolero.
- CARLOS. Es que intento castigar  
á un traidor.
- FELIPE. ¡También ese es  
mi objeto... pero después!  
Ahora él solo debe hablar.  
Hable usted, cuanto me pida  
estoy dispuesto á cumplir.  
Usted lo puede exigir  
todo. Mi suerte decida.
- ANS. Como ese umbral no lo pasa  
nadie que no sea honrado  
y usted al honor ha faltado,  
le arrojo á usted de mi casa.
- FELIPE. ¡Y ella!...
- ANS. Largos los instantes  
son para mi afán.
- FELIPE. ¡Dios mío,  
qué duro eres y qué impío!  
Ya le obedezco. (Se dirige al fondo.)
- ANS. Pero antes  
de arrojarle necesito  
algo más.
- FELIPE. ¿Qué es lo que intenta?
- ANS. Que á ella, á quien usted afrenta,  
conozca de usted el delito  
y abjure de su amor ciego.
- FELIPE. ¡Oh, señor, qué va usted á hacer!
- ANS. Mi derecho y mi deber.
- FELIPE. No, por piedad se lo ruego.  
¿Usted de golpe arrojarla  
á un abismo tan horrible?  
No lo hará usted, no es posible.
- ANS. ¿Por qué no?

- FELIPE. Porque es matarla.  
(Don Anselmo se dirige hacia la derecha )
- ANS. Déjeme usted.  
(Encaminándose á la puerta de la derecha.)
- FELIPE. (Poniéndose delante do él.) ¡Por piedad!
- ANS. ¡Paso!
- CARLOS. ¿Y teme usted así?
- FELIPE. ¡Es por ella, no es por mí!  
¡Que no sepa la verdad;  
por su ventura lo ansío  
y lo pido en este instante  
prosternado, suplicante!  
(Aparece Margarita por la puerta lateral de la derecha.)
- MARG. ¿Padre... qué es esto?
- FELIPE. (Retirándose al foro.) ¡Dios mío!

## ESCENA X

### DICHOS y MARGARITA

- CARLOS. ¡Ella!
- MARG. ¡Señor!
- ANS. ¿Ves á ese hombre?  
Hace un instante cayó  
á tus piés y te ofreció  
su corazón y su nombre.
- FELIPE. ¡Calle usted!
- ANS. Mintió al jurar  
tal cosa.
- MARG. ¡Padre!
- ANS. Concluyo.
- FELIPE. ¡Basta!
- ANS. Su nombre no es suyo  
y no te lo puede dar.
- MARG. ¿Qué dices?
- ANS. Que no ha de hacer  
lo que mintiendo te ofrece;  
que su nombre pertenece  
de derecho á otra mujer.
- MARG. ¿Qué escucho? A creer no acierto

que esa frase has pronunciado.

¡El, mi Felipe casado!...

¡Mentira, padre, no es cierto!

FELIPE. ¿Qué ha hecho usted?

MARG. Tanta maldad

no cabe en su corazón.

¿Díme, no es una ilusión

lo que me ha dicho? (A Carlos.)

CARLOS. Es verdad.

MARG. ¡Tú también!

¿Y qué me extraña  
que tu odio esa acción intente?

¡No, Felipe es inocente!

(A Felipe.) ¡El que te acuse, me engaña!

Es mi padre, ya lo veo;

pero mi padre delira.

¡Habla tú, dí que es mentira

y á tí tan sólo te creo.

FELIPE. ¡Margarita!

MARG. ¡Dilo, sí!

FELIPE. ¡Alma de mi alma!

MARG. ¿Y escondes

el rostro? ¿No me respondes?

¿Conque es verdad?

(Cae desmayada en el diván.) ¡Ay de mí!

CARLOS. ¡Margarita!

ANS. ¡Hija!

FELIPE. ¡Ella!

ANS. ¡Atrás!

¡Salga, que la ira me abrasa,

salga pronto de esta casa

que no ha de pisar jamás!

FELIPE. ¡Y su tormento he de ver

sin consolar su agonía!

ANS. ¡Pronto!

FELIPE. (Aparte.) ¡Sufre, y siendo mía

no la puedo socorrer!

¡Arrojarme!... Se detiene

en tal punto y nada intenta,

y con eso se contenta.)

ANS. ¡Salga!

FELIPE. ¡Mas castigo tiene

la infamia que cometí!

¡Yo quise robar su honor!...

¡Máteme usted... es lo mejor  
que puede usted hacer por mí!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





---

## ACTO TERCERO

---

El teatro representa un gabinete en casa de don Felipe, lujoso y severamente decorado. Puerta al fondo. Una ventana en el lateral derecha, y una puerta en el izquierdo. A la derecha una mesa de despacho sobre la cual habrá libros y papeles. En primer término, y también á la derecha, un diván: delante de la mesa un sillón, en el cual está sentado Felipe al comenzarse el acto.

### ESCENA PRIMERA

FELIPE y JOSÉ

JOSÉ. En menos de dos minutos  
crucé el camino que media  
de nuestra casa á la casa  
de don Anselmo; llegué á ésta,  
y sin ser visto de nadie,  
que usted encargó reserva,  
ví á Rosa, le di la carta,  
y vine.

FELIPE. ¿Cómo se encuentra  
Margarita? ¿Hablaste á Rosa?  
¿Qué dijo?

JOSÉ. Que tras la escena  
que dió motivo al disgusto  
y que á explicarse no llega,

quedó en silencio la sala;  
inmóvil como una muerta  
la señorita; su padre  
lleno de angustia y de pena;  
don Carlos más que furioso  
contra lo que usted hiciera,  
y de puro sobresalto,  
Rosa convertida en piedra  
sin saber lo que pasaba  
ni dónde acudir; que en fuerza  
de cuidados y de tiempo,  
alzó sus pestañas negras  
la señorita, mostrando  
un color y unas ojeras  
y una mirada y un gesto  
que daba compasión verla.

FELIPE. ¿Y después?

JOSE. . . . . Hacia su cuarto  
fuese cada cual. Apenas  
se encerraron, vino el cura,  
estuvo como hora y media  
hablando á la señorita,  
y este es el punto y la fecha  
en que después de una noche  
en que no había una estrella  
en el cielo, y en la casa  
uno solo que durmiera,  
de una mañana muy triste  
y una comida muy seria,  
si es comer estar sentado  
sin comer junto á la mesa,  
está todo como estaba  
sin ninguna diferencia.

FELIPE. ¡Pobre Margarita mía,  
qué horas de dolor la esperan!  
¿Y mi carta? ¿La entregaste?

JOSE. Rosa se quedó con ella,  
mientras yo, por no ser visto,  
daba hacia casa la vuelta.

FELIPE. Bien está. Déjame. (Se marcha José.)

## ESCENA II

FELIPE, luégo JOSE, con una bandeja on la mano; al  
final CARLOS

FELIPE. ¡Todas  
mis esperanzas por tierral  
¿Y he de abandonarla? ¡Nunca!  
Sería cobarde... Sepa  
por mi carta mi desdicha  
y de mi suerte resuelva.

JOSE. ¡Señorito! (Entra.)

FELIPE. ¿Tú? ¿Qué quieres?

JOSE. Tome usted. (Le da una tarjeta.)

FELIPE. ¡Una tarjetal

¡Carlos aquí!

JOSE. Ya le he dicho  
que usted acaso no pueda  
recibirle... pero insiste,  
ý sus órdenes espera.

FELIPE. ¡Qué me extraña! Me aborrece,  
es muy natural que venga.  
Díle que pase.

(José se dirigo al fondo y entra seguido de Carlos)

CARLOS. Sin duda  
le sorprende mi presencia.

FELIPE. No señor.

JOSE. ¿Manda algo?

FELIPE. Vete. (Sale José.)

## ESCENA III

FELIPE y CARLOS

FELIPE. Ni recelo ni sorpresa,  
ya lo ve usted.

CARLOS. De ese modo  
resulta fácil tarea  
lo que al buscarle me impuse.

FELIPE. Es un lance lo que intenta,  
¿verdad?

CARLOS. Si; quise escribirle;  
pero imaginando que estas  
cuestiones más fácilmente  
que con escrituras necias  
ó dilatorias, sin trámites  
y cara á cara se arreglan,  
pensé venir á su encuentro  
y aquí estoy.

FELIPE. Enhorabuena.  
Que yo le ahorrara el camino  
como pronto no viniera.

CARLOS. Si en eso estamos conformes,  
poco que decir me resta.  
Usted, cuando yo cumplía  
deberes de mi conciencia,  
me insultó; usted ha pretendido  
con asechanzas rastreras  
robar la dicha á un anciano  
y el honor á una doncella.  
Estos dos seres que sufren,  
que mi propia sangre llevan,  
son dignos de mi respeto  
y hago más sus afrentas.  
Esto es lo que á usted me trae,  
ésta la razón suprema  
de mi conducta.

FELIPE. No; hay otra.

CARLOS. ¿Que hay otra?

FELIPE. Quien valor muestra,  
debe tener el más grande,  
el valor de la franqueza.

CARLOS. ¿Y á mí me falta?

FELIPE. Sí, duda,  
porque su furor alientan  
no la honra, no los insultos  
que mi labio profiriera,  
y que hoy lo mismo que entonces,  
mantengo en toda su fuerza,  
sino el amor insensato  
que á Margarita profesa.

CARLOS. ¿Qué dice usted?

FELIPE. Que usted la ama,

que ella su pasión desprecia  
y á la mía corresponde;  
que los celos le atormentan,  
y que mi amor le da envidia,  
y le enfurece y le inquieta.  
Esta es la causa; conviene  
decir la verdad entera.

CARLOS. No lo niego; pero aun siendo  
sus suposiciones ciertas,  
¿qué valen para este asunto?  
Sea la causa cual sea,  
no importa si usted no busca  
pretextos.

FELIPE. ¿Quién, yo? No tema  
que por evitar un lance  
me disculpe ó me arrepienta.  
Para morir y dar muerte,  
siempre dispuesto se encuentra  
el que odia con toda su alma  
y el que la vida desdeña.  
Yo odio á usted, porque ha deshecho  
mis ilusiones más bellas;  
porque mató mi ventura...  
ventura insensata, incierta,  
pero ventura... Por eso  
odio á usted. En lo que respecta  
á la vida, ¿qué es mi vida  
para que yo la proteja,  
si acaso la muerte es la única  
esperanza que me resta?

CARLOS. ¿En alarde generoso  
me vende usted la fineza  
de su vida? ¿Quiere darla?

FELIPE. No; trato de defenderla,  
porque aún Margarita existe;  
aún puedo calmar sus penas;  
aún no lo he perdido todo;  
y mientras esto suceda,  
defenderé palmo á palmo  
su cariño y mi existencia.

CARLOS. ¿Qué ha dicho usted? ¿Que pretende  
su cariño?

FELIPE. Pues qué, ¿piensa  
que iba á abandonarlo?... Este hombre  
está demente.

CARLOS. ¡Bien sienta  
ese afán en un infame  
burlador de honras ajenas,  
que ni honor tiene en el pecho,  
ni virtud en la conciencial

FELIPE. ¡Cómo! (Avanzando hacia Carlos.)

CARLOS. Lo repito.

FELIPE. ¡Calle,  
calle usted! La mejor prueba  
de mi honor se la estoy dando  
con no arrancarle la lengua.

CARLOS. ¡Pruebe!

FELIPE. Está usted en mi casa  
y el respeto me lo veda.

CARLOS. ¡Respeto!... Es verdad, perdone  
mi arrebató y mi imprudencia;  
perdónelo, y terminemos  
de una vez... Nuestras ofensas  
son grandes, la muerte sólo  
las dirime y las remedia.  
Esta es la cuestión precisa.

Yo le reto; ¿usted acepta?

FELIPE. Sin dudar. ¡No he de aceptarlo!

CARLOS. ¿Y cuándo?

FELIPE. Cuando usted quiera.

CARLOS. Dentro de una hora. Bastante  
luz en el espacio queda  
para buscar dos espadas,  
testigos y una desierta  
planicie, donde nuestro odio  
lugar y término tenga.

FELIPE. ¿Aquí en este pueblo? ¡Nunca!

CARLOS. ¿Por qué?

FELIPE. Deshonrarla fuera;  
que este lance comentado  
por la turba vocinglera  
que hace del honor juguete  
y de la calumnia fiesta,  
sobre su fama caería

como un padrón de vergüenza.  
Viviendo yo, contra todos  
tengo brío y tengo fuerza;  
mas si en el lance sucumbo,  
desamparada se queda,  
y no es justo que nosotros  
demo pábulo á su afrenta.  
Esto evitar nos precisa.

CARLOS. ¿Y cómo?

FELIPE. Poniendo tregua  
al furor que nos combate  
y ultimando la contienda  
en sitio donde ninguno  
saber ni imaginar pueda  
el móvil que nos impulsa  
y el objeto que nos lleva.

CARLOS. Conformes. Ya sólo falta  
que encontremos la manera  
de arreglarlo.

FELIPE. En ese punto,  
que su discreción resuelva.

## ESCENA IV

DICHOS y JOSÉ; detrás el PADRE ANDRÉS

JOSE. ¿Don Felipe? El Padre Andrés.

CARLOS. Él viene...

FELIPE. Nadie hay que impida  
lo pactado; usted decida  
y avísemelo después.

P. AND. Señores... (¡Carlos aquí!) (Aparte.)

CARLOS. Adiós.

FELIPE. ¿Qué razón le asiste  
para verme?

P. AND. ¿Á qué viniste  
y por qué te encuentro aquí? (A Carlos.)

CARLOS. ¿Á qué vine...? Á castigar.

P. AND. Mal hace quien por fin tiene  
la venganza.

CARLOS. ¿Usted á qué viene?

P. AND. Yo á sufrir y á perdonar.

(Sale Carlos por el fondo y el Padre Andrés se dirige al primer término donde está Felipe.)

## ESCENA V

FELIPE y el PADRE ANDRÉS

FELIPE. ¿Usted en mi casa?

P. AND. ¡Yo!

FELIPE. Después de lo sucedido,  
nunca hubiera presumido  
que viniese.

P. AND. ¿Por qué no?

FELIPE. Padre Andrés...

P. AND. Vengo á buscarle  
porque mi deber lo ordena;  
porque me aflige su pena;  
porque quiero suplicarle  
en favor de una mujer,  
para quien piedad reclamo.

FELIPE. Si con toda mi alma la amo,  
¿qué daño la puedo hacer?  
El que la hice fué á despecho  
de mi voluntad. Lo quiso  
la suerte, que de improviso  
metió su amor en mi pecho,  
labrando mi desventura  
y forjando su agonía;  
pero en mí no hubo falsía  
ni asechanza.

P. AND. Fué locura  
criminal.

FELIPE. Locura acaso:  
crimen no lo pudo ser.

P. AND. Quien deshonra á una mujer  
inocente que á su paso  
confiada se presenta;  
quien por un lascivo empeño  
se hace de esa mujer dueño,  
y la envilece y la afrenta



y no doma su apetito,  
ante el pudor, es culpable.

FELIPE. Señor cura...

P. AND. Y responsable  
de traición y de delito.  
Su culpa en mí halla merced;  
pero me arredra y me espanta.

FELIPE. ¡Mi culpa!

P. AND. ¡Es grandel

FELIPE. No es tanta  
como la imagina usted.  
Si mi pasado supiera...

P. AND. Lo sé.

FELIPE. ¿Conoce mi vida,  
y siéndole conocida  
me habla usted de esa manera?  
Mi nombre fué deshonrado  
por una infame, yo en precio  
de su perjurio, al desprecio  
y al odio la he condenado.  
Mi alma en libertad quedó.

P. AND. No es cierto.

FELIPE. Es cierto; porque ama  
el hombre honrado á la dama,  
á la cortesana, no.

P. AND. La ley de usted ha exigido...

FELIPE. ¿Qué exigió? Un tormento horrible.

P. AND. Un deber.

FELIPE. Un imposible;  
por eso no la he cumplido.  
La ley me quitó el derecho  
de templar mis desventuras  
en ansias dulces y puras;  
pero no arrancó á mi pecho;  
no posee tal virtud  
lo que en él quiso poner  
Dios, la esencia de mi sér,  
el brío, la juventud,  
la sangre que se acumula  
en hirvientes oleadas,  
sobre las venas hinchadas  
por donde bulle y circula;

los músculos que á la vida  
firmeza y poder ofrecen;  
los nervios que se estremecen  
con varonil sacudida;  
y el alma que al desclavarse  
de la inmensidad del cielo,  
busca con honrado anhelo  
otra alma á quien enlazarse.

P. AND. Basta.

FELIPE. El social entredicho  
no tuvo tanta firmeza,  
porque la naturaleza  
no se doblega á capricho.  
Ella al amor me iuducía  
y tuve que obedecer.

P. AND. ¿Deshonrando á una mujer?

FELIPE. Amando como debía  
amar; á quien conociese  
lo que vale una pasión,  
y al darme su corazón  
toda su vida me diese...  
¿Pues qué, iba yo á sujetar  
mi sangre viva é inquieta,  
al tormento del asceta  
ó al amor del lupanar?  
No, padre, imposible, no...  
(Ademán de interrupción en el Padre Andrés.)  
Imposible para mí.  
¡Ni para asceta nació,  
ni en el vicio me hundo yo!

P. AND. ¡Torpe excusa! Su delirio  
podrá en parte disculpar  
el hecho, no terminar  
con el horrible martirio  
de esa infelíz criatura,  
que sus dichas le ha entregado  
y á quien usted ha deshonrado.

FELIPE. Dar alivio á su amargura  
es lo que mi anhelo ansía;  
si no lo hallo, lo aseguro,  
y por mi honor se lo juro,  
no será la culpa mía.

P. AND. ¿Qué dice usted?

FELIPE. La verdad.

¿Es cierto que he delinquido?  
Pues bien, consejo le pido.  
No busco la impunidad.  
Yo le ofrezco á Margarita  
por su perdida inocencia,  
mi porvenir, mi existencia...  
más aún si más necesita;  
lo que mande, lo que intente;  
ser suyo, estar á su lado,  
vivir á ella consagrado  
mientras que mi pecho aliente;  
no abandonarla jamás...  
De ella son, si los reclama,  
mi fe, mi sangre, mi fama;  
no puedo ofrecerle más.  
¡Qué más debo hacer, señor,  
qué!

P. AND. Nada, y nada resuelve;  
ni así la dicha la vuelve,  
ni así repara su honor.

FELIPE. ¿Lo hecho ya no puede hallar  
ningún remedio? ¿Ninguno?

P. AND. Remedio tal vez, hay uno,  
y de eso le vengo á hablar.

FELIPE. ¿Que lo hay? ¡De encontrarlo trato,  
esa es mi constante ideal  
Dígalo; sea cual sea,  
yo lo admito y yo lo acato.  
Hable usted.

P. AND. Ningún consuelo  
pueden al mundo exigir.

FELIPE. ¿Qué hacer entonces?

P. AND. Sufrir  
con la esperanza en el cielo.  
Olvidar esa pasión,  
ese insensato delirio;  
conseguir por el martirio  
el olvido y el perdón;  
dejar en la sombra caer  
lazos que el tiempo desliga...

FELIPE. No siga, padre, no siga,  
porque eso no puede ser.

P. AND. ¿Mis ruegos rechaza?

FELIPE. Sí.

¡Cómo la he de abandonar!  
Hacerlo fuera aumentar  
la infamia que cometí.  
¿Pues qué, debo yo decirla,  
nuestra pasión fué locura,  
sufre sola tu amargura  
porque no puedo impedirla,  
porque te abandono? No.  
De mi esa acción no reclame,  
porque eso sería infame,  
porque eso no lo hago yo.

P. AND. ¡Qué honda y qué terrible huella  
la del mal! ¡Siempre persistel  
¡También usted se resiste!

FELIPE. ¿Acaso se resistió ella?  
¡Dígalo usted, por piedad!

P. AND. Ella se resiste y lucha,  
y mis súplicas escucha  
en su triste ceguedad,  
y en su cruel arrebato  
que lo imposible reclama.

FELIPE. ¿Conque es verdad? ¿Conque me ama?

P. AND. ¡Qué dice usted, insensato!

FELIPE. ¡No ha de amarme! era preciso.

P. AND. Yo venceré su dolor,  
y haré que olvide este amor  
conque Dios probarla quiso.

FELIPE. ¡Olvidarlo!

P. AND. De eso trata  
mi razón, y eso he venido  
á pedirle.

FELIPE. ¿Usted ha creído  
que así un afecto se mata;  
que así muere una pasión;  
que así el alma se desvía?  
No, Padre; tanto valdría  
arrancarse el corazón.  
Es más aún.

P. AND.                   Pues pido más  
á su criminal locura.

FELIPE. Bien se advierte, señor cura,  
que usted no ha amado jamás.

P. AND. ¡Basta! Escucharle no puedo;  
pero su bien me interesa  
y no cederé en la empresa.

FELIPE. ¡Es que yo tampoco cedo!

P. AND. ¡Adiós!

(Felipe toca el timbro y entra José por el fondo  
con una lámpara encendida que deja encima de la  
mesa; luego se retira.)

Por última vez  
que la olvide le aconsejo.  
Á solas con Dios le dejo:  
sea El su guía y su juez.  
Él deshaga y El impida  
la desdicha de los dos.

FELIPE. Á solas quedo con Dios:  
que El disponga y que él decida  
(Salo el Padre Andrés por el fondo.)

## ESCENA VI

FELIPE, solo.

¡Que me ama, que piensa en mí!  
¡que lucha, que se resiste!  
¡que padece! ¿Y aún insiste  
en que me aleje de aquí  
ese hombre? ¿Yo abandonarla?  
¿Yo cometer tal flaqueza?  
¿Yo sumida en su tristeza  
y en su tormento dejarla?  
¡El olvido... Proceder  
como el que roba y se esconde!  
¡Y ese anciano me responde  
que así cumplo mi deber!  
¿Puedo abandonarla yo  
tras de burlar su inocencia?...  
¡Nunca! Jamás. Mi conciencia

me está gritando que no.  
Ella mis juicios inspira;  
mi deber no es olvidarla,  
es amarla, es consolarla;  
lo demás, todo es mentira.  
¿Nos unió la adversidad  
ó el amor? ¿Juntos nos vemos?  
pues juntos seguir debemos;  
esta es la sola verdad  
que se ofrece al alma mía.  
¡Me uno á ella, afirmo estos lazos,  
y al menos tendrá mis brazos  
para templar su agonía!  
En esto mi ambición fundo  
y alcanzarlo intentaré.  
Si hay que luchar, lucharé  
solo contra todo el mundo.  
¿Él mi existencia ha deshecho?  
¿Él á sufrir me condena?  
Pues bien, rompo la cadena  
y me libero... Es mi derecho,  
No dudo. ¿Por qué arredrarme?  
Voy de su ventura en pos...  
Luégo... que me juzgue Dios  
que es quien tiene que juzgarme.

(Felipe se dirige hacia la mesa, toma asiento en el sillón y se dispone á escribir una carta. En este momento aparece José por la puerta del fondo.)

## ESCENA VII

FELIPE, JOSÉ y MARGARITA, por el fondo.

JOSE. ¡Señor! (Ap.) (A hablarle no acierto.)  
Señorito...

FELIPE. ¿Qué? ¿Dirás  
por qué entras? ¿Acabarás?

JOSE. Pues que llamaron... he abierto,  
entraron, y están allí. (Señalando al fondo.)

FELIPE. ¿Quién?

JOSE                                Rosa y la señorita.

FELIPE. ¡Cómo!

JOSE.                                Doña Margarita  
dice que ha de entrar aquí.

FELIPE. ¡Qué escucho! ¿Soñando estoy?

¡Ella aquí!

(Se dirige hacia el fondo y aparece en él Margarita.)

¿Pero es verdad  
tamaña felicidad?

¡Margarita!

MARG.                                ¡Sí; yo soy!

(Felipe cierra la puerta del fondo.)

## ESCENA VIII

MARGARITA y FELIPE. Al final DON ANSELMO  
dentro.

MARG.    ¿Qué te extraña? A verte vengo,  
porque mi angustia lo ansía.

¿Quién detenerme podría?

¡Mi honor! ¿Acaso lo tengo,

Felipe? Mi honor te di,

era el mejor de mis bienes.

FELIPE. ¡Margarita!...

MARG.                                Tú lo tienes

y por eso estoy aquí.

Dejé en secreto mi hogar

porque verte deseaba,

porque la fiebre me ahogaba;

porque me aturde el pesar;

porque deseo escucharte...

¿Falto? ¿Cometo un delito?

No lo sé, no necesito

conocerlo. Interrogarte

es lo que mi angustia quiere...

Felipe, ¿qué vas á hacer

con esta pobre mujer

que está sola y que se muere?

FELIPE. ¿Qué haré? ¿Y puedes ignorarlo?

¿No lo áciertas, Margarita?

¿Tu corazón necesita  
de mis labios escucharlo?  
¿Qué voy á hacer yo por tí?  
¿Lo ignoras? ¿No lo conoces?  
¿No lo está diciendo á voces  
el amor que existe aquí?  
¿Qué? Adorarte con delirio,  
con inflnita pasión  
y lograr tu salvación  
ó seguirte en el martirio.  
De mí no debes dudar.  
Si en mi vida consistiera,  
daría la vida entera  
por salvarte, por borrar  
el llanto que en tu faz brilla  
y que al rodar se evapora  
con la fiebre abrasadora  
de tu encendida mejilla.  
No llores... Cese el temor.  
Por tí lo intento yo todo.  
Si pensaste de otró modo,  
no conocías mi amor.  
Con recelo á mí no acudas.  
Tú mi existencia posees.

MARG. ¡Felipe!

FELIPE. Dí que me crees.

Dí que de mi amor no dudas.

MARG. Por infame te juzgué;  
pero tu carta leí;  
tus desgracias conocí...

FELIPE. Y entonces...

MARG. Ya no dudé.

¡Dudar! ¿Cómo lo has creído?

Yo no dudo... Si dudara,  
ni como he hablado hablara,  
ni á verte hubiera venido.

FELIPE. Gracias.

MARG. Culparte no quiero,  
porque tú no eres culpado;  
eres sólo desgraciado;  
pero pregunto y espero  
que tú la respuesta des



á mi ansiedad. Si sufrimos,  
si criminales no fuimos,  
si grande nuestro amor es,  
¿por qué la angustia nos mata?  
¿Por qué ha de oponerse Dios  
á la dicha de los dos?  
¿Por qué el mundo nos maltrata?

FELIPE. ¡Bien mío!

MARG. ¿Por qué nos niega  
un medio para salvarnos?  
¿Por qué en vez de perdonarnos  
al desprecio nos entrega?  
Si nuestro amor es profundo  
y noble, ¿debe morir?  
¿Necesito yo vivir  
ocultando á todo el mundo  
las desventuras de mi honra?  
¿Perdí por siempre la dicha?  
¿Es perenne mi desdicha?  
¿Será eterna mi deshonra?  
No, no lo puedo creer.  
Yo necesito escucharte,  
y ser honrada y amarte...  
¿Qué hacer Felipe, qué hacer?

FELIPE. ¿Qué? Si tu fe lo consiente,  
si no te arredra el camino,  
combatir con el destino  
y arrostrarlo frente á frente.  
No me importa la condena  
social, ni el social rencor;  
lo que me importa es tu amor.

MARG. ¡Felipe!

FELIPE En tu horrible pena  
los ojos hacia mi vuelves,  
¿y á tu mal pides remedio?  
pues bien, yo te ofrezco un medio  
si á aceptarlo te resuelves.  
En esta lucha espantosa  
no temo. ¿Por qué temer?  
Aún te puedo proteger;  
aún puedo hacerte dichosa.

MARG. ¿Dichosa?

FELIPE.

Sí.

MARG.

Necesita

para ser dichosa mi alma,  
de honra, de amor y de calma.

FELIPE.

Escúchame, Margarita:

no es la pasión criminal  
la que mis actos provoca;  
amor es que en culto toca,  
noble, sincero, leal.

El nuestra existencia liga;  
en nombre de él quiero hablarte  
y en nombre suyo salvarte;  
no me importa lo que diga  
la mundana sociedad.

Mi desprecio por el mundo  
es tan grande y tan profundo  
como lo fué su impiedad.

¿Que sus consecuencias huello?

¿que á todas sus leyes falto?

¿que sus costumbres asalto?

¿Y qué? por todo atropello.

¿Detenerme en el camino  
cuando mi defensa imploras,  
cuando sufres, cuando lloras?  
¡No; ni me arredra el destino,  
ni más puedo resistir,  
ni otro es mi deber! Contesta.

¿Á seguirme estás dispuesta?

¿Qué intentas?

MARG.

FELIPE.

Huir.

MARG.

¡Huir!...

El oprobio, el deshonor  
me ofreces.

FELIPE.

¿Y qué ofrecerte;

nos da otra cosa la suerte?

¿Pide otra cosa tu amor?

MARG.

¡El desprecio! ¡La vergüenza!

FELIPE.

Ni por liviandad lo hacemos,  
ni otro recurso tenemos.

MARG.

¡Felipe!

FELIPE.

Que tu amor venza  
el recelo y el espanto.

MARG. ¡Calla!

FELIPE. Yo sabré buscar  
un ignorado lugar  
donde amarte. ¡Y á que tanto  
ocultarlo! Aun cuando pueda  
saberse nuestra pasión,  
¿qué importa? Ya es ocasión  
de que haya alguien que no ceda  
y que su razón obstante  
y mantenga su derecho  
con el valor en el pecho  
y la altivéz en la frente.

MARG. ¡Calla por piedad!

FELIPE. Concluyo;  
á defenderte me obligo.  
De mi amor nada te digo,  
porque ya sabes que es tuyo.

MARG. Juntos por siempre en la vida.

FELIPE. Eso te dije.

MARG. Verdad.

Eso es la felicidad... (Pausa.)  
Felipe... ¿Y mi padre? ¡Horrible  
pensamiento! ¡Si él supiera  
mi deshonra, ¿qué dijera?  
¡No, Felipe, es imposible!

FELIPE. ¿Qué dices?

MARG. Calla, no sigas,  
no me quieras imponer  
lo que yo no puedo hacer.  
Nada intentes, nada digas.

FELIPE. ¿Vas á oponerte? ¿Tan poca  
es tu fé?... ¿Te niegas?

MARG. Sí.

FELIPE. ¿Temes?

MARG. Temo y no es por mí.  
En lo que á mi dicha toca  
no temo. Lo que exigieras  
de mi, con gusto aceptara;  
mi vida... todo... Bastara  
con que tú me lo pidieras.  
Pero hay un hombre á quien debo  
respeto, amor, y es ese hombre

- mi padre; llevo su nombre  
y á ultrajarlo no me atrevo.
- FELIPE. ¿Tal dices?
- MARG. ¡Yo deshonrarle  
más que lo he hecho! ¿Qué sería  
de mi padre? Moriría  
y yo no puedo matarle.
- FELIPE. ¿A tu padre seguiras?
- MARG. Eso espero y eso ansío.
- FELIPE. ¡Dejarme! Te desafío  
á hacerlo. (Con desasperación y energía.)
- MARG. Oye.
- FELIPE. ¡No lo harás!  
Yo también puedo exigir  
lo que en su favor abonas.  
¿Pues qué, si tú me abandonas,  
crees que voy yo á vivir?
- MARG. ¡Felipe!
- FELIPE. ¡Tratarme así!
- ANS. ¡Basta! (Dentro.)
- FELIPE. ¡Ese acento!
- JOSE. (Dentro.) ¡Señor!
- ANS. No exasperes mi furor.  
¡Paso! (Dentro.)
- MARG. ¡Mi padre!
- FELIPE. ¡Él aquí!
- ANS. No hagas que por fuerza exija. . (Dentro.)
- FELIPE. Huye; aplacarle confío.  
No temas.  
(Se abre de par en par la puerta del fondo y aparece en ella don Anselmo.)

## ESCENA IX

DICHOS y DON ANSELMO

- ANS. Por fin.
- MARG. ¡Dios mío!
- FELIPE. Ya es tarde.
- ANS. ¿Dónde está mi hija?
- FELIPE. Don Anselmo...

ANS. ¡Á qué fingir!

Ella de su casa huyó;  
la que á tanto se atrevió  
sólo aquí puede venir  
y sólo aquí pudo estar.

FELIPE. ¡Señor!

ANS. Ojalá mintieran  
mis ojos, y no te vieran  
donde te vienen á hallar.

MARG. ¡Padre mío!

ANS. ¡Así me llamas!

FELIPE. ¡Qué terrible sufrimiento!

ANS. ¿Cuando causas mi tormento,  
cuando mi honradéz infamas,  
padre á llamarme te atreves?  
¡Calla! Ni tú me has amado,  
ni ese nombre has respetado,  
ni aquí proferirlo debes.

FELIPE. ¡Don Anselmo, dígame usted!

ANS. ¡Oírle! Pero ¿está loco?  
¡Tiene mi honor en tan poco  
que me ruega!

FELIPE. Por merced  
lo pido.

ANS. ¡Basta!

MARG. ¡Me abrasa  
el rubor!

ANS. ¡Oírle! ¡Ignora  
que el afán que me devora  
está en salir de esta casa  
donde mi honor se atropella;  
donde su fama padece  
y su nombre se envilece?  
Quiero salir pronto, que ella  
es mi hija, aun siendo culpable;  
por esto mi odio contengo;  
por esto no me detengo  
á aplastar á un miserable  
(A Margarita.) ¡Vamos! ¡Y tú has pretendido  
deshonrarme, envilecerte!  
No comprendo cómo al verte  
mi furor he contenido.

¡Mi honra en olvido ponerla!

¡Infame!

(Amenszando á Margarita. Felipe se interpone entre los dos.)

FELIPE. No lo consiento.

MARG. ¡Felipe!

ANS. ¿Cuál es su intento?

FELIPE. ¿No lo ve usted? defenderla.  
Usted es su padre, merece mi respeto, está escudado por ese nombre sagrado que ante el dolor se engrandece. De mí lo que usted decida, lo que mande su furor, ¿desea mi honor? mi honor; ¿quiere mi vida? mi vida; pero si osa usted llegar hasta ella, que es el objeto de mi amor, no le respeto, no le puedo respetar.

ANS. ¡Cobarde!

(Margarita se levanta del sofá y acude al lado de su padre.)

MARG. Lo que dispongas haré, mi deber lo ordena.

Es mi padre quien condena y castiga... No te opongas.

(Felipe se retira á un extremo de la habitación en actitud desesperada.)

ANS. ¡Salgamos pronto!

(Cogiendo á su hija por la mano.)

MARG. Salgamos

Lo que mandes cumpliré.

Ya no me resisto.

(Don Anselmo se dirige al segundo término. Margarita lo sigue.)

FELIPE. ¡Qué!

MARG. ¡Adiós para siempre!

ANS. Vamos.

FELIPE. ¡Y va de su padre en pos!  
¿Pero el alma no te grita que me muero, Margarita?

(Margarita se detiene, luego vacila y se encamina al fondo donde está don Anselmo.)

MARG. ¡Adiós para siempre!...

FELIPE. ¡Adiós!

Huyes?, Yo sabré encontrar remedio contra mi suerte.

MARG. ¡Felipe!

FELIPE. Tengo la muerte y esa no me ha de faltar.

MARG. ¿Qué...? ¡morir tú!... ¡No es posible!

(Dirigiéndose hacia Felipe. Don Anselmo avanza después.)

ANS. ¿Qué haces?

MARG. ¿No ves su martirio?

FELIPE. ¡Oh!

MARG. Perdona mi delirio.

¡Morir tú, sería horrible!

¡No es posible que concluya así nuestro amor!... ¡Dejarte!

Yo no puedo abandonarte, porque te adoro y soy tuya.

ANS. ¡Tú suya! ¡A oírlo no aciertol

MARG. ¡Qué hice!

(Con angustia y ocultando el rostro entre las manos.)

ANS. ¿Y el rostro recatas?

¿De disculparte no tratas?

FELIPE. ¡Piedad, señor!

ANS. ¿Conque es cierto?

¿Conque usted burló su fe?

¿Conque ya no hay esperanza?

¡Sí, la tiene, la venganza!

¡Miserable!

(Dirigiéndose á Felipe irritado y resuelto.)

FELIPE. ¡Señor!

MARG. ¡Qué!

ANS. ¡La deshonra no se evita; pero se paga la afrenta!

FELIPE. Estoy dispuesto.

MARG. ¿Qué intenta?

¡Nunca!

(Don Anselmo ha sacado un revolver y apunta á

Felipe; Margarita se interpone y recibe el balazo.)

¡Jesús! (Cae.)

FELIPE. ¡Margarita!

ANS. ¡Cómo! ¡Yo enloquezco!

FELIPE. ¡Impio!

ANS. (Arrodillándose junto al cadáver de Margarita)

¡Tanta desventura es cierta!

¡Hija mía!

FELIPE. ¡Muerta!

ANS. ¡Muerta!

¡Y muerta por mí! ¡Angel mío!

## ESCENA X

DICHOS y el PADRE ANDRÉS

P. AND. ¿Qué es esto! ¡Ella!...

FELIPE. ¿No lo vé?

Ya no existe... ¡La ha matado

y con vida me ha dejado!...

Pero á tiempo llega usted...

Su misión tiene un motivo.

P. AND. ¿Un motivo?

FELIPE. ¿No lo acierta?

¡Pues enterrar á esa muerta

y maldecir á este vivo!

FIN DEL DRAMA



## FE DE ERRATAS

---

En la página 7, línea 13, dice:

MARG. «¿Quiere usted un vaso de agua?»

y debe decir:

¿Quiere usted un vaso de agua?

¿Rosa?

En la pág. 9, línea 11, dice:

MARG. «¿Qué cuentas del paseo?»

y debe decir:

¿Qué cuentas

del paseo?

En la pág. 23, línea 29, dice:

«¿Por qué razón?  
necesita mi afán saberlo.»

y debe decir:

¿Por qué razón? Necesita  
mi afán saberlo.

En la pág. 33, línea 23, dice:

«en Madrid y prestarle»

y debe decir:

en Madrid y presentarle.

En la pág. 37, línea 4, dice:

«Ahí le es más fácil al hombre»

y debe decir:

Ay, le es más fácil al hombre.

En la pág. 38, línea 28, dice:

«Vive más cerca. ¿Comprendes?»

y debe decir:

Vive más cerca.

¿Comprendes?

En la pág. 45, línea 33, dice:

FELIPE. «¿Quién?»

y debe decir:

FELIPE. ¿Quién es?

En la pág. 47, línea 10, dice:

«Porque no llegué á contarle  
aquella noche fatal.»

y debe decir:

¿Por qué no llegué á contarle  
aquella noche fatal?

En la pág. 60, línea 34, dice:

ANS. «Que á ella.»

y debe decir:

ANS. Que ella.





COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos.....	1	Sres. Larra y Gullón.....	Todo.
Leonor I de Aragón.....	1	Pedro Navarro .....	»
Olas de sangre.....	1	Manuel Izquierdo.....	»
Por un sombrero.....	1	J. Guijarro y F. Olona.....	»
Clown.....	3	José Fola.....	»
El molino del Carmen.....	3	José Fola.....	»
Lo sublime en lo vulgar.....	3	José Echegaray.....	»
Mar y cielo.....	3	E. Gaspar y A. Guimara...	»
Teresa.....	3	José Fola.....	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!.....	1	Tomás Gómez.....	M.
Cerámien nacional.....	1	Perrín y Palacio.....	L.
Despacho parroquial.....	1	Tomás Calamita.....	1½ M.
El golpe de gracia.....	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1½ M.
En la plaza de Oriente.....	1	Cuevas.....	L.
Epilogo.....	1	Rojas, Ruiz y San José ...	L. y M.
La cruz blanca.....	1	Perrín y Palacios.....	L.
La verdad desnuda.....	1	Arniches y Cantó.....	L.
Pepa, Pepe y Pepín.....	1	Rafael M. Liern.....	L.
Perder la pista.....	1	Luis Larra.....	L.
Plan de estudios.....	1	Calixto Navarro.....	1½ L.
Por España.....	1	Varas, Rojas y San José..	L. y M.
Quedarse in albis.....	1	Rafael Taboada.....	M.
Timos conyngales.....	1	Luis Arnedo.....	M.
El rey reina.....	2	M. E. Tormo y M. Nieto...	L. y M.
Nañón.....	2	Olona, Ferrer y G. Faboada	L. y 1½ M.
Una broma en Carnaval.....	2	Casademunt y Strauss,...	L. y M.
Sustos y enredos.....	3	Juan Garcia Catalá.....	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

**FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.**

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.